

TROILO Y CRÉSIDA.

BIBLIOTECA CLÁSICA

TOMO CXCV

OBRAS DRAMÁTICAS

DE

GUILLERMO SHAKESPEARE

VERSIÓN CASTELLANA

DE

GUILLERMO MACPHERSON

CON UN ESTUDIO PRELIMINAR

DE

EDUARDO BENOT

TOMO VII

MADRID

LIBRERÍA DE PERLADO, PÁEZ Y C.ª

Sucesores de Hernando.

Calle del Arenal, núm. 22.

1922



PERSONAJES.

PRIAMO, rey de Troya.

HÉCTOR,

TROILO,

PARIS,

DEÍFOBO,

HELENO,

MARGARELÓN, hijo bastardo de Priamo.

ENEAS,

ANTENOR,

CALCAS, sacerdote troyano, tránsfuga á los Griegos.

PÁNDARO, tío de Crésida.

AGAMENÓN, general de los Griegos.

MENELAO, su hermano.

AQUILES,

AYAX,

ULISES,

NÉSTOR,

DIÓMEDES,

PATROCLO,

TERSITES, Griego deforme y maldiciente.

ALEJANDRO, sirviente de Crésida.

SIRVIENTE DE TROILO.

SIRVIENTE DE PARIS.

SIRVIENTE DE DIÓMEDES.

HELENA, mujer de Menelao.

ANDRÓMACA, mujer de Héctor.

CASANDRA, hija de Priamo, profetisa.

CRÉSIDA, hija de Calcas.

Soldados troyanos y griegos y acompañamiento.

Escena: Troya y el campamento griego.

PRÓLOGO.

La escena en Troya es. Desde sus islas,
Cargados de secuaces é instrumentos
De cruda guerra, á Atenas sus navios
Los orgullosos príncipes de Grecia,
La noble sangre sulfurada, envían.
Sesenta y nueve que coronas ciñen
Con rumbo á Frigia de la rada parten,
Y voto han hecho de asolar á Troya,
Dentro de cuyos muros duerme Helena,
De Menelao esposa seducida,
Entre los brazos del lascivo Paris.
Y aquí la causa ved de la disputa.
A Ténedos llegaron,
Y vomitan las naves atestadas
Su cargamento bélico. Las huestes
De los Griegos, illesas y flamantes,
Sus ricas tiendas de campaña fijan
De Dardania en los llanos. Las seis puertas
Que la ciudad de Priamo circundan,
La Antenoría, la Dárdana, la Timbria,
La Ilíaca, la Escea y la Troyana,
Con macizas armellas y cerrojos,

Que adecuados ajustan, á los hijos
Allí de Troya encierran.
Ahora, el genio vivaz acariciando
De unos y otros, del Troyano y Griego,
La esperanza, al azar todo se fia.
Y yo, Prólogo, en armas he venido,
Pero ni pluma de escritor me manda
Ni palabra de actor. Vengo en la forma
Que cuadra á nuestro asunto, á revelaros,
Nobles espectadores, que el principio
Y los preliminares de esta lucha
Abandonando, nuestro drama empieza
En su mitad; y, desde allí, la trama
Se desarrolla cual permite un drama.
Censurad ó aplaudid. Ó atina ó yerra.
Libres obrad. Son lances de la guerra.

ACTO PRIMERO.

ESOENA PRIMERA.

Troya. Ante el palacio de Priamo.

Entran TROILO y PÁNDARO.

TROILO. Que venga aquí mi siervo. Desarmarme
Quiero otra vez. Si tan terribles luchas
Dentro de Troya misma se promueven,
¿A qué fin guerrear en extramuros?
El Troyano que dentro de su pecho
Aun tenga corazón, que al campo corra;
Le falta el suyo ¡oh desventura! á Troilo.

PÁND. ¿Componer este asunto no es posible?

TROILO. Fuertes los Griegos son, cual fuertes diestros,
Cual diestros duros, y cual duros bravos.
Lágrima de mujer es mi flaqueza;
Soy manso como el sueño; más sencillo
Que la ignorancia soy; menos valiente
Que de noche doncella; y menos hábil
Que la infancia sin práctica ninguna.

PÁND.—Vamos. Bastante te he dicho acerca del particular. Por mi parte no me mezclo más en ello. Quien quiere torta de trigo tiene que esperar la molienda.

TROILO.—¿No he esperado yo?

PÁND.—La molienda sí, pero hay que esperar el cernido.

TROILO.—¿No he esperado yo?

PÁND.—El cernido sí, pero hay que esperar la levadura.

TROILO.—¿Pero no he esperado yo?

PÁND.—Hasta la levadura sí, pero en la palabra «por venir» falta aún el amasijo, confeccionar la torta y cocerla al horno. Más aún. Tienes que esperar á que se enfrie ó te quemarás los labios.

TROILO. La paciencia, por más que es una Diosa,

Menos que yo se pliega al sufrimiento.

Asentado de Priamo á la mesa,

Al presentarse al pensamiento mío

Crésida hermosa..... mas, traidor, ¿qué dices?

«Al presentarse». ¿Cuándo de él se aparta?

PÁND.—Vaya. Anoche me pareció más hermosa que nunca, y más hermosa que todas las mujeres.

TROILO. Te iba á decir. Cuanlo un suspiro entonces

Me parte en dos el corazón cual cuña,

A fin de que ni Héctor ni mi padre

A sorprenderme lleguen, cual alumbría

A una borrasca el sol, de una sonrisa

En la fosa sepulto mi suspiro.

Pero el dolor que cual placer se ostenta

Se asemeja á esa dicha que convierte

En honda pena rápida la suerte.

PÁND.—Si su cabello no fuera algo más oscuro que el de Helena, vamos, no cabría comparación entre las dos mujeres; pero, por mi parte, como es parienta mía, no quisiera, como si dijéramos, celebrarla. Sin embargo, ¡ojalá que alguno la hubiera oído hablar, como yo ayer!

No quiero despreciar el talento de tu hermana Casandra,
pero.....

TROILO. Oye, oh Pándaro. Pándaro, al decirte
 Que allí mis esperanzas se han ahogado,
 No me preguntes tú que en cuántas brazas
 Sumergidas están. Me he vuelto loco
 Por el amor de Crésida, te digo.
 Que és bella exclamas, y en la llaga abierta
 Del corazón, sus ojos, sus cabellos,
 Su mejilla, su voz, su garbo viertes,
 Y á tu discurso agregas: — ¡Oh! su mano,
 Ante la cual blanco cualquiera es tinta
 Que su deshonra escribe: tan süave,
 Que aun al plumón del cisne sobrepuja
 Y á la esencia del tacto; que, ante ella,
 Es cual callosa mano de labriego.—
 Eso me dices, y verdad me dices;
 Pero en vez de uncionar esas palabras
 Cual bálsamo y cual óleo cada herida
 Que el amor me causó, pones en ellas
 Nuevamente el puñal que las produjo.

PÁND.—No digo más que la verdad.

TROILO.—No la dices toda entera.

PÁND.—A fe que no he de mezclarme en el asunto.
 Sea lo que sea. Si fuere hermosa, mejor para ella. Si no
 lo fuere, en su mano está el remedio.

TROILO.—Excelente Pándaro. Vamos, Pándaro.

PÁND.—Disgustos he sacado de mi trabajo. Mal visto
 por ella, mal visto por ti. De acá para allá, entre vos-
 otros, y mis afanes muy poco agradecidos.

TROILO.—¡Cómo! ¿Estás enojado, Pándaro? ¡Cómo!
 ¿Conmigo?

PÁND.—Porque es parienta mía, no es tan hermosa

como Helena; y si no fuera parienta mía, tan hermosa como Helena es los domingos sería ella los viernes. Pero ¿qué me importa á mí? Nada me importa, ni que sea negra. Lo mismo me da.

TROILO.—¿Pero no digo yo que es hermosa?

PÁND.—Nada me importa que lo digas ó no. Se condujo neciamente en no irse con su padre. Váyase con los Griegos; y así se lo diré la primera vez que la vea. Por mi parte, no me entrometo más en este asunto.

TROILO.—¡Pándaro!....

PÁND.—Que no.

TROILO.—¡Querido Pándaro!

PÁND.—Hazme el favor de no hablarme más acerca del particular. Lo dejaré todo como lo hallé, y se acabó.

(Vase Pándaro. Suenan trompetas.)

TROILO. Cesa, torpe clamor, brutal ruido,

Cesa. Tan necios sois unos cual otros.

Sin duda debe ser preciosa Helena

Cuando así la adornáis con vuestra sangre.

Sobre disputa tal luchar no puedo.

Es harto baladí para mi espada.

Pero Pándaro.... ¡Oh Dioses! ¡qué tortura!

Para llegar á Crésida no es dable

Llegar sino por Pándaro, que duro

Es de inclinar á que por mí la incline,

Como ella es terca y casta á mi cortejo.

Apolo, dime, por tu amor á Dafne,

Lo que es Crésida y Pándaro y yo mismo.

La India es su lecho, y, perla, allí reposa;

Y lo que existe desde Ilión á ella

Es para mí la mar vaga y bravía,

Yo el mercader, y Pándaro el piloto,
Es mi esperanza, mi convoy, mi nave.

(Suenan trompetas.)

Entra ENEAS.

ENEAS. Príncipe Troilo, ¿cómo no en el campo?

TROILO. Porque no. De mujer es la respuesta,
Cual de mujer también allí no hallarme.

Del campo, Eneas, ¿qué noticias corren?

ENEAS. Que París lastimado vuelve á casa.

TROILO. ¿Quién lo hirió, Eneas?

ENEAS. Troilo, Menelao.

TROILO. Dejad á París derramar su sangre;

De seguro que poca cosa ha sido:

De Menelao un cuerno le habrá herido.

(Se oyen trompetas.)

ENEAS. Oye. Fuera de puertas hay jaleo.

TROILO. Quedara en casa yo si «lo deseo»

A «puedo» equivaliera. Pero, vamos;

Es fuerza que al jaleo nos unamos.

¿Vienes?

ENEAS. Con prisa allí me dirigía.

TROILO. Iremos, pues, los dos en compañía.

ESCENA II.

Troya. Una calle.

Entran CRÉSIDA y ALEJANDRO.

Crés. ¿Quiénes eran aquellas que pasaron?

Alej. Eran la reina Hécuba y Helena.

CRÉS. ¿Adónde van?

ALEJ. Al torreón de Oriente,

Cuya altura domina todo el valle,
A contemplar la lucha. Destemplado
Héctor hoy se encontraba; y la paciencia,
En él estable, cual virtud existe.

A Andrómaca increpó, y á su escudero
Dió un golpe; y, cual si fuese algún negocio
La guerra, armóse á la ligera y fuése,
Antes que el sol se levantara, al campo,
Cuyas flores proféticas lloraban
Lo que en la furia de Héctor presentían.

CRÉS. ¿Cuál es la causa de su enojo?

ALEJ. Es ésta,

Según dicen. Se encuentra entre los Griegos
Guerrero noble de troyana sangre,
Sobrino de Héctor, y que Ajax se nombra.

CRÉS. Corriente; ¿y qué hay con él?

ALEJ. Pues bien; se dice

Que es un hombre *per se*; que se mantiene
Firme en su puesto.

CRÉS.—Como todos; á menos que no estén bebidos,
enfermos ó sin piernas.

ALEJ.—Este hombre, señora, se ha apoderado de las especiales cualidades de distintas fieras. Es tan valiente como el león, tan áspero como el oso y tan pausado como el elefante. Es hombre en quien la naturaleza ha aglomerado caprichos de tal modo, que su bravura apunta en demencia, y su demencia está sazonada de discreción. De cuantas virtudes tienen los hombres, tiene él un asomo, y de cuantos defectos los acompañan tiene algún indicio. Se entristece sin causa y se alegra á contrapelo. Tiene apéndices para todo, pero tan desconcertados, que

parece un Briareo gotoso y un Argos ciego, todo ojos, pero sin vista.

CRÉS.—Pero ¡cómo este hombre, que á mí me hace reir, enfurece á Héctor?

ALEJ.—Se dice que ayer, encontrándose con Héctor en el campo de batalla, lo derribó. El despecho y la vergüenza han obligado á Héctor á ayunar y velar desde entonces..

CRÉS.—¿Quién se acerca?

ALEJ.—Señora, vuestro tío Pándaro.

Entra PÁNDARO.

CRÉS.—Héctor es un valiente.

ALEJ.—Como el que más, señora.

PÁND.—¿Qué es eso? ¿qué es eso?

CRÉS.—Buenos días, tío Pándaro.

PÁND.—Buenos días, sobrina Crésida. ¿De qué habláis? Buenos días, Alejandro. ¿Cómo estás, sobrina? ¿Cuándo estuviste en Ilión?

CRÉS.—Esta mañana, tío.

PÁND.—¿De qué hablabais cuando llegué? ¿Se hallaba armado ya Héctor, y se había ido antes que vinieras de Ilión? ¿Se había ya levantado Helena?

CRÉS.—Héctor se había ya ido; pero Helena aun no se había levantado.

PÁND.—¡Vaya, vaya. Madruga Héctor!.

CRÉS.—De eso hablábamos, y de su mal humor.

PÁND.—¿Está de mal humor?

CRÉS.—Así dice éste.

PÁND.—Es verdad que sí, y también sé la causa. Hoy va á pegar de firme, yo os lo aseguro, y ahí está Troilo,

que no le irá en zaga. Que se guarden de Troilo, esto también les digo.

CRÉS.—¿También está él de mal humor?

PÁND.—¿Quién, Troilo? Troilo es el mejor de los dos.

CRÉS.—¡Válgame Júpiter! No cabe comparación.

PÁND.—¡Cómo! ¡Entre Troilo y Héctor? ¡Conoces tú á un hombre si lo ves?

CRÉS.—Sí, si lo he visto antes y lo conozco.

PÁND.—Pues bien; yo digo que Troilo es Troilo.

CRÉS.—Pues entonces dices lo que yo. Porque yo estoy segura de que no es Héctor.

PÁND.—No. Ni Héctor es Troilo.... hasta cierto punto.

CRÉS.—Puede decirse con razón que cada uno es su propia persona.

PÁND.—¡Su propia persona! ¡Pobre Troilo! ¡Ojalá!

CRÉS.—Lo es.

PÁND.—Descalzo iría yo á la India con tal de que lo fuera.

CRÉS.—No es Héctor.

PÁND.—¡Su propia persona! No, no es su propia persona. Ojalá fuera su propia persona. Está bien. Los dioses están allá arriba. El tiempo lo arreglará ó lo desarreglará todo. Está bien. Troilo. Está bien. Ojalá que mi corazón estuviese en el corazón de ella. No, Héctor no vale más que Troilo.

CRÉS.—Perdóname.

PÁND.—Tiene más edad.

CRÉS.—Perdona, perdona.

PÁND.—Aun no tiene su edad. Ya me contarás un cuento cuando el otro llegue á su edad. Héctor no tendrá el talento de Troilo dentro de un año....

CRÉS.—Ni le hará falta, si conserva el suyo.

PÁND.—Ni sus cualidades.

CRÉS.—¡Qué importa!

PÁND.—Ni su belleza.

CRÉS.—No le sentaría bien. La suya vale más.

PÁND.—No tienes juicio, sobrina. Helena misma aseguraba el otro día que como moreno, porque hay que confesar que lo es, aunque no muy moreno tampoco....

CRÉS.—¡Ya! pero moreno.

PÁND.—Para decir verdad, moreno y no moreno.

CRÉS.—Para decir verdad, verdad y no verdad.

PÁND.—Celebró su color por cima del de Paris.

CRÉS.—Color, bastante tiene Paris.

PÁND.—Es verdad.

CRÉS.—Pues en ese caso Troilo tiene demasiado color, puesto que consideró que tenía más, teniendo Paris bastante. Considerar que tiene más, es alabanza harto ardorosa para color. Tanto valdría que Helena, con su pico de oro, hubiera celebrado á Troilo por su nariz color de cobre.

PÁND.—Te juro que creo que Helena lo quiere más que quiere á Paris.

CRÉS.—Pues entonces Griega alegre es.

PÁND.—Es más. Estoy de ello seguro. El otro dia salió á su encuentro á la rotonda, y ya sabes tú que él no tiene sino tres ó cuatro pelos en la barba.

CRÉS.—Es verdad. Basta la aritmética de un tabernero para sacar allí la suma total.

PÁND.—Vaya. Es muy joven, pero levanta, con diferencia de tres libras, el mismo peso que levanta su hermano Héctor.

CRÉS.—¡Tan joven y ya levanta tanto!

PÁND.—Pero para probarte que Helena lo ama, vino y tocó con su blanca mano su barba partida.

CRÉS.—¡Válgame Juno! ¿Cómo se la partió?

PÁND.—¡Vaya! Ya sabes tú que tiene ahí un hoyuelo. Paréceme que se sonríe con más gracia que hombre alguno en Frigia.

CRÉS.—¡Oh! Se sonrie bravamente.

PÁND.—¿No es verdad que sí?

CRÉS.—¡Oh, sí, como nube de otoño!

PÁND.—Anda, anda. Pero para probarte que Helena ama á Troilo....

CRÉS.—Para probarlo, debe probarlo Troilo.

PÁND.—¿Quién, Troilo? Se le importa ella lo que á mí un huevo huero.

CRÉS.—Si te agrada un huevo huero como una cabeza huera, querías comer pollos en el cascarón.

PÁND.—No puedo menos de reirme acordándome cómo le hacía cosquillas en la barba. Tiene una mano maravillosamente blanca. Fuerza es confesarlo.

CRÉS.—Sin necesidad de potro.

PÁND.—Y se le figuró que le había encontrado una cana en la barba.

CRÉS.—¡Pobre barba! Muchos lunares tienen más capital.

PÁND.—Pero ¡cuánto se rieron! La reina Hécuba rió hasta que sus ojos manaron

CRÉS.—Ruedas de molino.

PÁND.—Y Casandra rió.

CRÉS.—¿Y había fuego más templado bajo el cazo de sus ojos? ¿No manaron también?

PÁND.—Y Héctor rió.

CRÉS.—¿Por qué tanta risa?

PÁND.—Pues á causa de la cana que había visto en la barba de Troilo.

CRÉS.—Si hubiera sido un pelo verde, yo hubiera reido también.

PÁND.—No se rieron tanto de la cana como de la discreta contestación que él dió.

CRÉS.—¿Cuál fué?

PÁND.—Dijo ella: «¡Tiene cincuenta y un pelos y una cana!»

CRÉS.—¿Esa fué la exclamación de ella?

PÁND.—Esa, no lo dudes. «Cincuenta y un pelos—dijo él—y una cana. Pues esa cana es mi padre, y los demás sus hijos.» «¡Válgame Júpiter!—dijo ella.—¿Cuál de esos pelos es mi marido Paris?» «El retorcido—dijo él; —arráncalo y dáselo.» ¡Cuánto rieron! Y Helena se sonrojó, y Paris se encolerizó, y los demás se rieron hasta pasar de la raya.

CRÉS.—Conque á dejar este asunto, que ya ha durado bastante.

PÁND.—Bueno, sobrina. Ayer te dije una cosa. Piensa en ello:

CRÉS.—Pienso.

PÁND.—Juraría que es verdad. Llora por ti como si hubiera nacido en Abril.

CRÉS.—¡Voy á crecer con sus lágrimas como ortiga en el mes de Mayo!

(Suena un toque de retirada.)

PÁND.—¡Oye! Vuelven del campo. ¡Nos pondremos aquí para verlos pasar hacia Ilión? Anda, sobrina mia, querida sobrina Crésida.

CRÉS.—Como gustes.

PÁND.—Este, éste es buen sitio. Desde aquí los veremos bravamente. Te diré el nombre de todos cuando pasen; pero mira más á Troilo que á ningúun otro.

CRÉS.—No hables tan recio.

Pasa ENEAS.

PÁND.—Ese es Eneas. ¡No es ése un valiente? Es una de las flores de Troya, yo te lo aseguro. Pero observa á Troilo. Pronto lo verás.

Pasa ANTENOR.

CRÉS.—¿Quién es ése?

PÁND.—Ese es Antenor. Tiene ingenio; lo aseguro. Es hombre que vale. Es uno de los hombres de mejor juicio de Troya, y de buena apariencia. ¿Cuándo viene Troilo? Luego te enseñaré á Troilo. Si me ve, verás cómo se ríe.

CRÉS.—¿Se ríe siempre que te ve?

Pasa HÉCTOR.

PÁND.—Ese es Héctor. Ese, ése. Míralo, ése. ¡Vaya un mozo! ¡Anda, anda, Héctor! ¡Ese es un valiente, sobrina! ¡Eh, valiente Héctor! ¡Mira qué apostural! ¡Ese sí que es porte! ¿No te parece un valiente?

CRÉS.—¡Oh, sí; un valiente!

PÁND.—¿No es verdad? ¡Lo reanima á uno! ¡Mira las abolladuras del casco! ¡Mira allí! ¿Lo ves? ¡Mira! No es broma. ¡Eso sí que es pegar, digan lo que quieran, como se suele decir! ¡Esas si que son abolladuras!

CRÉS.—¿Con espadas?

PÁND.—Con espadas ó con cualquier cosa. A él no le importa. Aunque viniera el diablo mismo, para él es igual. ¡Voto va! ¡Lo reanima á uno! ¡Ahí viene Paris! ¡Ahí viene Paris!

Pasa PARIS.

Mira ahí, sobrina. ¡No es ése un gallardo mozo también? ¡Vaya! ¡Brava cosa es! ¿Quién dijo que volvía herido? No lo está. Esto tranquilizará á Helena. ¡Vaya! ¡Ojalá viera yo ahora á Troilo! Verás á Troilo en seguida.

Pasa HELENO.

CRÉS.—¿Quién es ése?

PÁND.—Ese es Heleno. ¿Adónde estará Troilo? Ese es Heleno. Me parece que no ha salido hoy. Ese es Heleno.

CRÉS.—Tío, ¿Heleno pelea?

PÁND.—¡Heleno! No. Si, medianamente. ¿Dónde estará Troilo? Pon atención. ¿No oyes á la gente gritar «Troilo»? Heleno es un sacerdote.

CRÉS.—¿Quién es ese remolón que viene ahí?

Pasa TROILO.

PÁND.—¿Dónde? ¡Allí! Ese es Deifobo. ¡Es Troilo! ¡Ese sí que es un hombre, sobrina! ¡Digo! ¡Valiente Troilo! ¡El principe de la caballeria!

CRÉS.—¡Cállate! ¡Qué vergüenza! ¡Cállate!

PÁND.—Obsérvalo. Toma nota. ¡Oh, valiente Troilo! Míralo bien, sobrina. Mira cuán teñida en sangre está su espada; y su casco más abollado que el de Héctor. ¡Y qué mirada, y qué manera de andar! ¡Oh, joven admirable! ¡No ha cumplido veintitrés años! ¡Anda, anda, Troilo! ¡Anda, anda! Si tuviera yo por hermana á una

de las tres Gracias, y por hija á una diosa, le dejaría escoger. ¡Oh, hombre admirable! ¿Paris? Paris es basura comparado con él. Y de seguro que Helena trocara á Paris por él, dando un ojo de la cara encima.

CRÉS.—Aquí vienen más.

(Pasan tropas.)

PÁND.—¡Jumentos, necios, estúpidos! Paja y afrecho. Paja y afrecho. Potaje tras carne. ¡Viviría y moriría mirándome en Troilo! No mires más, no mires más. Ya han pasado los águilas. ¡Cuervos y grajos! ¡Cuervos y grajos! ¡Mejor sería yo Troilo, que Agamenón y toda la Grecia!

CRÉS.—Entre los Griegos está Aquiles, hombre que vale más que Troilo.

PÁND.—¡Aquiles! Un ganapán, un cargador, un camello.

CRÉS.—¡Bueno, bueno!

PÁND.—¡Bueno, bueno! ¿No tienes discernimiento? ¿No tienes ojos? ¿Sabes lo que es un hombre? ¡No son la cuna, la belleza, la apostura, la elocuencia, la valentía, el saber, la dulzura, la virtud, la liberalidad y cosas tales del hombre la sal y las especias?

CRÉS.—Sí; de hombres especiales.

PÁND.—¡Qué mujer eres tú! No se puede saber en qué guardia estás.

CRÉS.—De espaldas, para defender mi pecho. De broma, para defender mis añagazas. Callada, para defender mi honra. Con antifaz, para defender mi cutis; y contigo, para defender todo esto. En todas estas guardias me pongo, y tengo mil estocadas.

PÁND.—¿Cuál es una?

CRÉS.—Una es para ti. Una de las mejores. Si no

me puedo guardar de alguna estocada, me puedo guardar de ti, para que no digas cómo he recibido el golpe á menos que no pueda ocultar la hinchazón, y en ese caso no vale la pena ponerse en guardia.

PÁND.—¡Vaya si eres tú mujer extraordinaria!

Entra el SIRVIENTE DE TROILO.

SIRV.— Señor, mi amo te quiere hablar inmediatamente.

PÁND.—¿En dónde?

SIRV.—En tu casa. Se está desarmando allí.

PÁND.—Buen rapaz, dile que allá voy. (Vase el Sirviente.) Temo que esté herido. Adiós, sobrina.

CRÉS.—Adiós, tío.

PÁND.—Seré contigo, sobrina, dentro de un rato.

CRÉS.—¿Para traerme, tío....?

PÁND.—Sí, alguna prenda de parte de Troilo.

(Vase Pándaro.)

CRÉS. De que eres un tercero, prenda es ésa.
 Palabras, votos, lágrimas y dones,
 Cuanto al amor sacrificar es dado,
 Porque otros lucren, á mis pies depones.
 Pero mil veces más he contemplado,
 Pándaro, en Troilo yo, que en el espejo
 De tus encomios miro reflejado.
 Seducir, sin embargo, no me dejo;
 Que ángel es la mujer que se recata,
 Y lo obtenido pronto se hace viejo.
 Del gozo el alma el gozo mismo mata.
 Es necia quien lo ignora. Lo que ansía
 El hombre en más de lo que vale acata.

Mujer ninguna conceder podría
 Al amor satisfecho más dulzura
 Que al que el anhelo clamoroso guía.
 Surge, pues, esta máxima segura.
 Amo es quien logra, siervo el suplicante;
 Por tanto, aunque lo amare con ternura
 No asomará señal á mi semblante.

(Vase.)

ESCENA III.

El campamento griego. Ante la tienda de campaña de Agamenón.

Suenan trompetas. Entran AGAMENÓN, NÉSTOR, ULISES, MENELAO y otros.

AGAM. Príncipes, ¿por qué causa la ictericia
 Os tñe el rostro? El galardón cumplido
 Que la esperanza ofrece á toda empresa
 Que aquí abajo se inicia, no se logra
 Nunca en su plenitud. Cuitas, desastres—
 De nuestros actos en las venas crecen,
 Cual esos nudos que el contrario empuje
 De la savia en el pino sano forma,
 Sus fibras desuniendo, que, torcidas,
 De su primera dirección se apartan.
 Ni ha de asombraros, príncipes, tampoco,
 Que aún no esté nuestro objeto conseguido,
 Ni que, tras siete años de su asedio,
 De Troya las murallas aún resistan.
 No hubo empresa jamás que no se viese
 Por obstáculos varios y concausas,

Al realizarse, con su fin discordar:
 Con la ideal imagen, á quien presta
 Conjeturada forma el pensamiento.
 ¡Por qué, pues, contempláis avergonzados
 Nuestros desastres, príncipes, y oprobios
 Llamáis á los que son tan sólo pruebas
 A que someté al hombre Jove excelso,
 Para ver lo que vale su constancia?
 De ese metal la ley no se descubre
 Con el halago de la suerte, cuando
 El cobarde, el audaz, el diestro, el torpe,
 El docto, el ignorante, el fuerte, el débil,
 Se clasifican todos como afines.
 Se ve cuando con brío se desata
 Su fuelle poderoso, separando
 Lo que es de leve peso, y descubriendo
 Lo consistente y sólido, que entonces,
 Libre de escoria, en su pureza brilla.

Néstor. Con el respeto, Agamenón insigne,
 Que corresponde á tu divino trono,
 Sella, Néstor, tus últimas palabras.
 Luchando con la suerte es como el hombre
 Se probará mejor. El mar tranquilo,
 ¡Cuántos débiles buques no se lanzan
 Sobre su seno plácido, y navegan
 Al par de los más nobles!
 Mas si Bóreas feroz encoleriza
 A la tranquila Tetis, ved al punto
 Cómo el bajel de sólidas cuadernas
 Cabalga sobre líquidas montañas
 Y entre ambos reinos húmedos galopa
 Como el caballo de Perseo.—¿Dónde
 Ahora veis al osado barquichuelo

Cuya armadura débil mal trabada
 Rivalizó con su grandeza há poco?
 Ó huyó á la rada, ó lo tragó Neptuno.
 De modo igual, lo que valor ostenta
 Y el valor verdadero se dividen,
 Rugiendo de la suerte la borrasca.
 Cuando del sol los rayos resplandecen,
 Tábanos y no tigres al rebaño
 Hacen sufrir. Mas si huraoán bravio
 Dobla al nudoso roble las rodillas,
 El abrigo á buscar las moscas huyen;
 Pero entonces el ánimo valiente
 Con la ira, iracundo simpatiza,
 Y en clave igual, armónico su acento,
 Replica á la fortuna increpadora.

ULISES. Agamenón, oh tú, noble caudillo,
 Nervio y sostén de Grecia: de estas huestes
 Corazón, alma, espíritu, que alberga
 Los afanes y el ánimo de todos,
 A Ulises oye hablar. Aplauso, apruebo—
 Oh tú, por posición y predominio,
 Potentísimo, y tú, tan respetable
 Por tu avanzada edad, vuestros discursos.
 El tuyo, Agamenón, debiera en bronce
 Griega mano esculpir en alto sitio.
 También el tuyo, Néstor venerable,
 Que has incrustado en plata, debería
 Con trabazón aérea, poderosa,
 Cual eje en torno al cual giran los cielos,
 Ligar de todo Griego los oídos
 A tu voz competente. Sin embargo,
 Aunque seáis tan grandes y discretos,
 Permiso os pide para hablar Ulises.

AGAM. Di, príncipe de Itaca. Confiamos
 En que ni cosa inútil ni pequeña
 Dividirá tus labios, cual creemos
 Que ni música, ingenio ó profecía
 Oiremos cuando el díscolo Tersites
 Sus anchas fauces de mastín nos muestre.

ULISES Troya, aún en pie, postrada ya estuviera
 Y sin dueño la espada del gran Héctor
 Si por esto no fuese.

Disciplinario régimen no existe;
 De los Griegos las tiendas de campaña
 Que se alzan, ahuecándose en el llano,
 Otras tantas facciones representan:
 Huecas todas también. Si quien es jefe
 No es colmena á la cual los forrajeros
 Todo entregan, ¿qué miel puede esperarse?
 Las diferencias disfrazadas luce
 Como el mejor, con máscara, el indigno.
 La bóveda celeste, los planetas,
 Y aun este centro, guardan jerarquías,
 Prioridad, paso, proporción, constancia,
 Sitio, función y forma, y todo en orden.
 Y el glorioso planeta, Sol, por eso,
 En su eminente esfera entronizado,
 Entre los otros luce, y el influjo
 Adverso del planeta desastroso,
 Corrige con su vista bienhechora;
 Y, como rey, sus órdenes envía,
 Sin estorbo, al benéfico ó siniestro.
 Mas cuando los planetas, en desorden,
 Entremezclados giran, ¡cuántas plagas,
 Cuántas monstruosidades, rebeldías,
 Borrascas en el mar y terremotos,

Y huracanadas ráfagas y espantos,
Y mudanzas y horrores infinitos,
Dividen, y quebrantan, y destrozan,
Y arrancan de raiz y de su centro
La unión y la amistad de los Estados!
¡Oh! Si la disciplina se perturba,
Que de altos fines es la sola escala,
Caduca toda empresa. ¿Cómo pueden
Comunidades, hermandades, grados,
El comercio entre dos playas opuestas,
La primogenitura y sus derechos,
Las preeminencias de la edad, coronas
Y cetros y laureles mantenerse
Cuando no se respetan jerarquías?
Anuladlas. Destémpiese esa cuerda,
Y ya veréis cuánta discordia surge.
Sin tino chocará cosa con cosa.
Los senos circunscritos de los mares
Hinchándose, las playas invadiendo,
Empaparán la redondez terrestre.
Del débil será dueño el vigoroso,
Dará á su padre muerte el hijo infame,
Y justicia será sólo la fuerza,
Ó más bien, la justicia y la injusticia
(Entre cuyas contiendas incessantes
La ley se asienta) perderán su nombre,
Como la ley también; y todo ello
Será violencia sólo, la violencia
La voluntad, la voluntad entonces
Apetito feroz, y el apetito
Un lobo universal, que secundado
Por esa voluntad y esa violencia,
Cual fiera devorando al universo,

Acabará también consigo mismo.
 Excelso Agamenón, cuando se ahogan
 Las jerarquías, sigue ese caos.
 Si se posponen, vase poco á poco,
 Al querer avanzar, retrocediendo.
 Al general desdeña quien se halla
 En inferior peldaño: quien le sigue
 A éste desdeña; á quien también desdeña
 Quien aún está más bajo; y poco á poco,
 Limitado el ejemplo del primero
 Que no acató á su jefe, se desata
 La fiebre perniciosa de la envidia,
 Sin color y sin sangre. Si de Troya
 Están los muros aún en pie, se debe
 A esta fiebre no más, y no á su esfuerzo.
 Y para terminar mi larga arenga,
 Mantiene á Troya enhiesta todavía
 Nuestro escaso vigor, no su energía.

Nést. Con gran talento Ulises ha descrito
 La enfermedad que aflige á nuestras huestes.

AGAM. De nuestro mal la esencia conocida,
 ¿Cuál es su cura, Ulises?

ULISES. El gran Aquiles, á quien todos llaman
 De este ejército el nervio y diestra mano,
 Lleno de hueco encomio sus oídos,
 Se cuida de su fama en demasia,
 Y de nuestros proyectos hace mofa
 Recostado en su tienda; y en ocioso
 Lecho también, diciendo toscos chistes,
 Patroclo pasa el día,
 Y con torpes y necios ademanes,
 Que, difamando, imitaciones llama,
 Se burla de nosotros. Asumiendo

Tu egregia autoridad, algunas veces
Se pavonea cual actor que cifra
En recios corvejones su prestigio,
Y ama oír el diálogo estruendoso
De sus pies retorcidos con las tablas.
Y en forma tan violenta y lamentable
Tu carácter excelso parodia.
Como campanas discordantes suena
Su voz, y sus palabras ampulosas
Aun en la boca del feroz Tifeo
Hipérboles serían. Cuán lo escucha
Farsa tan vil ese buen mozo Aquiles,
Reclinado en su lecho, á carcajadas
Aplaudé con pulmones anchurosos,
Y grita: «¡Bravo! Agamenón es ése,
A Néstor, vamos, representa ahora.
Tose, pues, y acaríciate la barba
Como si fuera á echarnos un discurso.»
Como dos paralelas se aproximan
Se aproxima al modelo, y cual Vulcano
Se parece á su esposa, á él se parece;
Pero «¡Bravo!» repite el buen Aquiles;
«Néstor es ése, á no dudar. Patroclo
Represéntalo armándose, llamado
Por alarma nocturna; y ¡vaya en gracia!
De una edad avanzada los achaques
En objeto de burla se convierten.
Patroclo tose, escupe, y con incierta
Mano su gola engancha y desengancha;
Y al ver la broma don Valiente, dice:
«Basta, Patroclo, ya. Férrreas costillas
Dame, ó si no de hilaridad reviento.»
Para sus farsas nuestros hechos sirven,

Cualidades, carácter y figura,
 El don más escondido de cualquiera,
 Y los dones de todos, nuestros planes,
 Hazañas, prevenciones y mandatos,
 Arengas belicosas ó discursos
 Pidiendo treguas, triunfos y reveses;
 Lo mismo la verdad que la mentira.

Nést. É imitando á ese par, á quien ensalza
 La opinión general con voz potente,
 Cual dice Ulises, muchos se inficionan.
 Ajax se ha vuelto ya voluntarioso;
 Lleva tan engallada la cabeza,
 Y camina con paso tan soberbio
 Como el audaz Aquiles. Retraído
 Cual él vive en su tienda de campaña,
 Y en facciosos banquetes satiriza
 Nuestro aparato bélico, incisivo
 Cual si fuese un oráculo, induciendo
 A Tersites, infame que calumnias
 Acuña con su hiel, á compararnos
 Con la inmundicia, y toda desficiencia
 Se escarnece y publica, circundados
 Estando de peligros inminentes.

ULISES. Critican nuestra táctica, y la llaman
 Cobardía. No dan valor alguno
 En la guerra al saber, y con prejuicio
 Ven toda precaución, y sólo estiman
 Lo que hace el brazo. A la tranquila y sabia
 Facultad que establece cuántos brazos
 Deben el golpe dar y en qué momento,
 Y que á fuerza de afanes y experiencia
 Averigua el poder del enemigo,
 Ni un ápice de mérito conceden.

Trabajos de entre sábanas la llaman,
 Cartografía, guerra de salones.
 El ariete, pues, que el muro abate
 Por causa de su peso y rudo empuje,
 Tienen en más estima que á la mano
 Que construye la máquina; que á esos
 Cuyas almas dotadas de agudeza,
 Al emplearlo, á la razón se atienan.

NÉST. Si esto aceptamos, el corcel de Aquiles
 De Tetis equivale á varios hijos.

Suena una trompeta.

AGAM. Un clarín. Oye, Menelao.

MEN. De Troya.

Entra ENEAS.

AGAM. ¿Delante de mi tienda qué pretendes?

ENEAS. ¿Del gran Agamenón la tienda es ésta?

AGAM. Es esta misma.

ENEAS. Este heraldo, que es príncipe, ¿podría
 Mensaje honrado dar al regio oído?

AGAM. Con más seguridad que armado Aquiles
 Ante griegos caudillos que proclaman
 A Agamenón su general en jefe.

ENEAS. Grande seguridad: noble permiso.
 ¿Cómo quien nunca vió su regio rostro
 Lo puede distinguir de otros mortales?

AGAM. ¿Cómo?

ENEAS. Sí tal. Lo digo, pues deseo
 Que mi veneración, cuando despierte,
 Ordene á mis mejillas un sonrojo
 Modesto como el alba cuando mira

Plácida al joven Febo.

¿Dónde está esa deidad en ejercicio
Y de guerreros guía, el prepotente
Excelso Agamenón?

AGAM.

Este Troyano

De mí se burla, ó deben ser en Troya
Ceremoniosos cortesanos todos.

ENEAS. Cortesanos tan puros, tan súaves,

Tan inermes cual ángeles sumisos.

Así son en la paz, según es fama;

Pero cuando pretenden ser soldados,

Agallas, fuertes brazos, miembros rudos

Y espadas buenas tienen, y cual nadie,

¡Gracias á Jove! corazón entero.

Mas calla, Eneas; cállate, Troyano;

Pon el dedo en tu labio. La valía

De aquello que se elogia desparece

Si el elogio á uno mismo favorece.

Lo que el contrario á su despecho aclama,

Es lo que alcanza inmarcesible fama.

AGAM. ¿Es Eneas tu nombre, dí, Troyano?

ENEAS. Ese es, Griego, mi nombre.

AGAM.

Dí, ¿qué quieres?

ENEAS. Perdona. Agamenón debe escucharme.

AGAM. Ningún mensaje que de Troya venga
Escuchará en privado.

ENEAS.

Ni de Troya

Para decirle yo secretos vengo.

Traigo un clarín para captar su oido,

Para hacerle escuchar atentamente.

Luego hablaré.

AGAM.

Tan libre como el aire

Habla, que Agamenón no duermic siesta.

Para que sepas tú que está velando,
Troyano, él te lo dice.

ENEAS. Trompetero,
A soplar con vigor. Tu voz de bronce
Penetre en esas tiendas perezosas,
Y todo Griego valeroso sepa
Que Troya en alta voz su intento dice.

(Suena la trompeta.)

Tenemos, noble Agamenón, en Troya
A un príncipe á quien nombran Héctor, hijo
De Príamo, que á causa de esta larga
Y monótona tregua se enmohece.
Me ordenó que un clarín me acompañase,
Y así hablar:— Reyes, Príncipes, señores,
Si se halla un noble entre los nobles griegos
Que aprecie en más su honor que su reposo;
Que estime lauros más que riesgos tema;
Que su valor, no su temor, conozca;
Que á su dama ame más que con palabras
Y falsos votos que en sus labios selle,
Y ante otro pecho proclamar osare
Su belleza y valer, oiga este reto:
«Héctor, en faz de Griegos y Troyanos
Probará con las fuerzas que tuviere
Que es su dama más fiel, bella y discreta
Que nunca Griego entre sus brazos tuvo;
Y su clarín anunciará mañana
Su presencia en un sitio equidistante
De vuestras tiendas y el troyano muro,
A fin de provocar á todo Griego
Que ame de veras. Si alguien se persona,
Héctor lo acatará. Si nadie llega,

Dirá, llegando á Troya, que quemadas
 Del sol están las Griegas; que no valen
 De lanza alguna ni una astilla. He dicho.»

AGAM. Nuestros amantes lo sabrán, Eneas.
 Si en causa tal ninguno se moviese,
 Los dejamos, sin duda, en casa á todos;
 Pero todos aquí somos guerreros,
 Y militar no es justo que se llame
 Quien no amó, piense amar ó que no ame;
 Si no hay quien ame, piense amar ó amara,
 Con Héctor me veré yo cara á cara.

NÉST. De Néstor hablarás, quien ya era un hombre
 Cuando el abuelo de Héctor mamaría.
 Viejo estoy ya; mas si en las griegas huestes
 No hay quien tenga particula de fuego
 Para honrar á su amor, di de mi parte
 Que mi barba de plata tras visera
 De oro yo taparé, y el brazo enjuto
 Meteré en mi brazal é iré á encontrarle,
 Y le diré que era mi dama hermosa
 Más que su abuela, y casta cual ninguna.
 Y á probarlo á ese joven me prevengo
 Con las tres gotas que de sangre tengo.

ENEAS. No permitan los cielos tal pobreza
 De juventud.

ULISES. Amén.

AGAM. Nobilísimo Eneas, ten mi mano
 Y entra en mi pabellón. Ese mensaje
 A Aquiles transmitir debo al momento
 Y á otros jefes y á todo el campamento.
 Mas antes ven. Disfrutarás conmigo
 De mi hospitalidad, noble enemigo

(Vanse todos, menos ULISES y NÉSTOR.)

ULISES. Néstor.

NÉST. ¿Qué dice Ulises?

ULISES. Que me bulle

Una idea en la mente. Tú de tiempo
Me servirás para que tome forma.

NÉST. ¿Qué es ello?

ULISES. Pues es esto. Romanas cuñas
Parten tenaces nudos. La soberbia
En Aquiles granada á tanto grado
Llegó de madurez, que ya es preciso
Segarla, pues, si no, puede extenderse
Y criar un plantel de mala yerba
Que acabará cubriendonos á todos.

NÉST. Bien; pero ¿cómo?

ULISES. Aunque en el reto ese
Que el intrépido Héctor nos envía
Nadie en particular está nombrado,
A Aquiles solamente se refiere.

NÉST. Tan evidente es ello como cuenta
Cuyo total pocos guarismos suma ;
Y cuando se publique—no lo dudes—
Aunque fuera de Aquiles el cerebro
Como la costa de la Libia estéril,
Y su esterilidad á Apolo consta,
Entenderá muy bien, y de seguida,
Que Héctor en ese reto lo señala.

ULISES. ¿Y se despertará, se te figura,
Y le dará respuesta?

NÉST. Ciertamente.

Y es preciso. ¿Quién otro sino Aquiles
Podrá con honra, di, luchar con Héctor?
Aunque se trate de cortés contienda,
Gran fama de la lucha se desprende.

En ella paladean los Troyanos
 Lo que tenemos en mayor estima,
 Con su más fino paladar; y, Ulises,
 Créeme á mí, sujeto á ruda prueba
 Queda con este acto caprichoso
 Nuestra reputación, pues la victoria,
 Aunque particular, será la muestra
 De lo bueno y lo malo que tenemos.
 Y semejantes índices consignan
 Lo que grandes volúmenes contienen.
 Es diminuta imagen de la masa
 Gigantesca que allí se desarrolla.
 Al que con Héctor luche, se supone
 Que es de nuestra elección; que fué elegido
 Por el común consentimiento nuestro;
 Que indicó la elección méritos tuyos,
 Que es lo que espuma del hervor de todos;
 Destilación de las virtudes nuestras.
 Si fracasare, el enemigo, dime,
 ¿No adquirirá más méritos? Su fama
 ¿No quederá mejor establecida?
 Y la opinión igual valor concede
 A los brazos no más que á arcos y á espadas
 Que los brazos manejan.
ULISES. Perdona lo que tengo que decirte.
 No debe Aquiles combatir con Héctor.
 Debemos enseñar, cual mercaderes,
 Primero las peores mercancías,
 Para ver si quizás hallan mercado,
 Y si no, la belleza de las otras
 Aun mejor lucirá. Jamás permitas
 Que Héctor y Aquiles á encontrarse salgan.
 Se siguen dos funestas consecuencias

A nuestro honor y á nuestro aprobio á un
 NEST. No lo perciben mis ancianos ojos. [tiempo,
 ULISES. Si de Héctor honra alcanza nuestro Aquiles,
 Si orgulloso él no fuera, nuestra fuera;
 Mas su insolencia ya pasa de raya,
 Y es mejor que africano sol nos tueste
 Que la altivez y escarnio de sus ojos
 Si de Héctor se librare. Si es vencido,
 Padece en ese caso nuestra fama,
 Por fracasar nuestro mejor guerrero.
 Se debe echar á suertes, y arreglarlo
 De modo que á ese necio Ayax le toque
 Habérselas con Héctor. Convendremos
 En que es de entre los nuestros el más bravo.
 Y al gran rufián curemos de esa fiebre
 A que el aplauso universal le indujo;
 Y que agache esa cresta que orgulloso
 Lleva como si fuese el arco iris.
 Si el estúpido Ayax en bien saliere,
 De elogios lo adornamos. Si lo humillan,
 No se pierde opinión, porque se dice
 Que hombre mejor tenemos. Gane ó pierda,
 Con este plan de conseguir se trata
 Que Ayax de Aquiles el penacho abata.

NEST. Ahora á saborear ese proyecto,
 Príncipe Ulises. A probarlo al punto
 Darélo á Agamenón. A verle vamos
 En este instante mismo. Mutuamente
 Se deben amansar esos dos chuchos.
 A esos mastines, cual si hueso fuera,
 Que los azuce su arrogancia fiera.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

Campamento griego.

Entran AYAX y TERSITES.

AYAX.—¡Tersites!

TERS.—Supongamos que Agamenón tuviera granos por todo el cuerpo en general.

AYAX.—¡Tersites!

TERS.—Y que le corrieran por todas partes. Dime tú, ¿no correría en ese caso el general? ¡Y no sería cosa delicada?

AYAX.—¡Perro!

TERS.—¿Y no daría materia para que de él habláramos? Ahora no la da.

AYAX.—Hijo de loba, ¿no quieres oír? pues siente.

(Le golpea.)

TERS.—La peste griega te coja, señor buey.

AYAX.—Habla, levadura avinagrada, ó á fuerza de palos te daré mejores formas.

TERS.—Antes te transformaré yo á fuerza de burlas en discreto y honrado. Pero parécmeme que primero apren

derá tu caballo á pronunciar un discurso, que tú á rezar sin libro. Con que pegas, ¿no es verdad? ¡Mala peste en tus manos de penco!

AYAX.—Seta venenosa, ¿qué proclama es ésa?

TERS.—¿Piensas que no tengo sensibilidad, que así me pegas?

AYAX.—La proclama.

TERS.—Te proclaman tonto, según creo.

AYAX.—Vamos, puerco espín, vamos. Los dedos me pican.

TERS.—Ojalá que te picara desde los pies á la cabeza, y que tuviera yo que rascarte. Serías la mayor lepra de Grecia. Cuando sales á luchar pegas tan poco como el que menos.

AYAX.—La proclama te digo.

TERS.—Hablas mal, y te burlas de Aquiles á cada momento, y envidias tanto su fama como el Cerbero la belleza de Proserpina. Si, señor, y le ladras.

AYAX.—¡Señora Tersites!

TERS.—Anda. Pégale.

AYAX.—¡Corcoveta!

TERS.—Te trituraría él con sus puños como un marinero á una galleta.

AYAX.—¡Perro mal nacido! (Le golpea.)

TERS.—Anda con él, anda.

AYAX.—Picota de bruja.

TERS.—Anda, anda con él. Señor de ingenio evaporado. Menos sesos tienes en el cráneo que yo en los codos. Un asno te puede enseñar. ¡Valiente jumento! Aquí estás sólo para zurrar troyanos, y la gente de poca ó mucha valía te compra y vende como á misero esclavo. Si me pegas, principiaré describiéndote desde los talones y diré, sér sin entrañas, lo que eres por pulgadas.

AYAX.—¡Perro!

TERS.—Noble miserable.

AYAX.—¡Chucho! (Le golpea.)

TERS.—Émulo idiota de Marte. Anda, bruto; anda, camello. Anda, anda.

Entran AQUILES y PATROCLO.

AQUIL.—Ayax, vamos, vamos. ¡Por qué haces eso? Vamos á ver, Tersites. Hombre, ¿qué ha ocurrido?

TERS.—Ahí lo ves, ¡no es cierto!

AQUIL.—Sí. ¿Qué ocurre?

TERS.—Bueno. Pero míralo.

AQUIL.—Eso hago. ¿Qué ocurre?

TERS.—Sí. Pero míralo bien.

AQUIL.—Bien está. Tal hago.

TERS.—Pero, no obstante, no lo miras bien, porque, aunque lo tomes por otro, es Ayax.

AQUIL.—Lo conozco, necio.

TERS.—Sí, pero ese necio no se conoce á sí propio.

AYAX.—Por eso le pegué.

TERS.—¡Bah! ¡bah! bah! ¡Qué menudas gracias son las tuyas! Se defiende con orejas de este tamaño. Yo le he zurrado el cerebro más que él me zurró los huesos. Medio óbolo valen nueve gorriones, y su pía mater no vale la novena parte de un gorrión. Este señor, Aquiles, es Ayax, que tiene su talento en el vientre y sus tripas en la cabeza. Te diré lo que acerca de él pienso.

AQUIL.—¿Qué?

TERS.—Digo que este Ayax....

(Ayax trata de pegarle. Aquiles se interpone.)

AQUIL.—¡Vamos, amigo Ayax!

TERS.—Tiene menos ingenio.....

AQUIL.—¡Vamos! Forzoso es que te sujeten.

TERS.—....del que se requiere para cegar el ojo de aguja de Helena, en cuya causa viene á guerrear.

AQUIL.—Cállate, necio.

TERS.—Deseo la paz y la concordia; pero ese necio no las quiere. Ese que está ahí. Ese. Míralo.

AYAX.—Maldito perro, te.....

AQUIL.—¿Quieres medir tu ingenio con el de un loco?

TERS.—De fijo que no. El del loco le aventaja.

PATR.—Tersites, buenas palabras.

AQUIL.—¿Por qué reñís?

AYAX.—Ordenéle á ese vil mochuelo que me averiguara cuál era el tenor de la proclama, y se burló de mí.

TERS.—No soy tu criado.

AYAX.—Vete, vete en hora mala.

TERS.—Sirvo como voluntario.

AQUIL.—Tu último servicio te fué impuesto, no fué voluntario. Nadie deja que le peguen de buena voluntad. En este caso el voluntario fué Ayax, y tú serviste á la fuerza.

TERS.—Así es. También gran parte de tu ingenio yace en tus músculos. Gran pesca será la de Héctor si á cualquiera de vosotros os rompe el cráneo. Tanto le valdría partir nueces hueras.

AQUIL.—¿También conmigo, Tersites?

TERS.—Ahí están Ulises y el anciano Néstor, cuyos sesos ya se habían enmohecido antes que vuestrlos abuelos tuvieran uñas en los dedos de los pies, que os uncen al yugo como á bueyes para que aréis en estas guerras.

AQUIL.—¿Cómo, cómo?

TERS.—Si. La pura verdad. A Aquiles. A Ayax. Sí.

AQUIL.—Te voy á cortar la lengua.

TERS.—No importa. Así hablaré tanto como tú.

PATR.—Basta, Tersites. Cállate.

TERS.—Con que he de callar cuando el gozque de Aquiles me lo manda, ¿no es eso?

AQUIL.—Eso es para ti, Patroclo.

TERS.—Ahorcados os veré como badulaques antes que vuelva yo á vuestras tiendas. Me instalaré donde corra el ingenio, y abandonaré el partido de los tontos.

(Vase.)

PATR.—Buen viaje.

AQUIL. Pues bien: una proclama comunica
A nuestras huestes que, á la quinta hora
De amanecido el sol, vendrá mañana,
A un sitio equidistante de los muros
De la ciudad y nuestras tiendas, Héctor;
Que, al son de su clarín, retar pretende
A todo noble que animoso osare
Mantener no sé qué: majaderías.
Adiós.

AYAX. Adiós. ¿Quién es quien le hace cara?

AQUIL. No sé. Se echa á la suerte. De otro modo,
Quien fuera bien le consta.

(Vanse Aquiles y Patroclo.)

AYAX. ¡Ya! tú. Quiero saber más de este asunto.

(Vase.)

ESCENA II.

Troya. Habitación en el palacio de Príamo.

Entran PRIAMO, HÉCTOR, TROILO, PARIS y HÉLENO

PRIÁ. Tras tantas horas, vidas y eloquencia
Malgastadas, de parte de los Griegos
Ved lo que Néstor otra vez nos dice:
«Dadnos á Helena; y todo lo perdido,
Honra, tiempo, dispendios y trabajo,
Compañeros y sangre, y lo más dulce
Que de esta guerra el alcatraz devora
En fácil digestión, queda olvidado.»
A esta proposición ¿qué dices, Héctor?

HÉCT. Nadie menos temor al Griego tiene
Que yo, por lo que atañe á mi persona;
Pero, Priamo excelso,
Dama no habrá de entrañas más sensibles,
Más dispuesta á absorber vagos temores,
Más pronta á contestar: «¿Pero quién sabe
Lo que vendrá después?» que el mismo Héctor.
Es plaga de la paz la confianza—
La confianza onnivora. Modesta
Desconfianza es del discreto el faro,
Tienta que sonda hasta su fin la herida.
Dadles á Helena. Desde el mismo instante
Que la primer espada en esta lucha
Desenvainada fué, cual la de Helena,
Una de cada diez de aquellas vidas
Diezmadas de entre miles, apreciada
Fué de nosotros.—De los nuestros hablo.

Si tantas veces, pues, diezmados fuimos
 Defendiendo una cosa que no es nuestra,
 Y que si nuestra fuera no valdría
 Lo que diez hombres de los nuestros valen,
 ¿En qué razón se fundará quien niegue
 Que se deba entregar?

TROILO. ¡Qué oprobio, hermano!
 ¿El valer y la honra de un monarca
 Cual nuestro insigne y poderoso padre,
 En balanza vulgar pesar pretendes
 Donde se aprecian onzas? ¿Vas con cifras
 A indicar el grandor de su infinito?
 ¿A hebillar su cintura incalculable
 Con ridículas cuartas y pulgadas,
 Como son los recehos y razones?
 ¡Qué oprobio! Dioses justos, ¡qué vergüenza!

HEL. Que en la razón así claves el diente,
 No es de extrañar estando de ella huero.
 ¿Someter los negocios de alta monta
 A la razón no debe nuestro padre
 Porque no se presenta en tus discursos?

TROILO. Tú prefieres, hermano sacerdote,
 Soñar y dormitar. Tus guantes forras
 Con la razón. Son tus razones éstas:
 Ves á enemigo que dañarte quiere,
 Sabes que el hierro que se esgrime daña,
 Y la razón de lo que daña huye.
 ¿Es maravilla, pues, que á los talones
 De su razón las alas ponga Heleno
 Si á un Griego mira con la espada enhiesta,
 Y huya como Mercurio amonestado
 Por Júpiter, ó estrella vagabunda?
 Si de razón hablar nos proponemos,

A cerrar, en tal caso, nuestras puertas
 Y á echarnos á dormir. Valor y honra
 Tendrán al cabo corazón de liebre
 Si se van á nutrir esas tendencias
 Con preñadas razones semejantes.
 Cálculos y razones debilitan
 Nuestro coraje, y el vigor nos quitan.

HÉCT. No vale lo que cuesta, hermano mío.

TROILO. ¿Qué vale más que el precio en que se aprecia?

HÉCT. El valor de un objeto no depende
 De nuestra voluntad. En sí reune
 Mérito y dignidad, del mismo modo
 Que en la mente de aquellos que lo estiman.
 Es necia idolatría dar al culto
 Más grandeza que al Dios, y disparata
 Quien da valor á lo que, enfermo, aprecia,
 Si una muestra no vió de su valía.

TROILO. Elijo esposa. Mi elección tomada
 Fué por mi voluntad, á quien guiaron
 Mi vista y mis oídos, dos pilotos
 Que por las playas peligrosas surcan
 De nuestra voluntad y el juicio nuestro.
 Si ahora mi voluntad lo que eligiera
 No estima, ¿rechazar puedo á mi esposa?
 No hay modo de evitarlo, y es forzoso
 Firmes quedar donde el honor lo indica.
 Al mercader las sedas que se compran
 No se devuelven si una vez se usaron;
 Ni viandas sobrantes arrojadas
 A cualquier parte son estando ahitos.
 Que se vengara Paris de los Griegos
 Estimóse oportuno. Hinchó sus velas
 De vuestra propia aprobación el vaho.

Naves y vientos, enemigos siempre,
 Treguas pactaron en obsequio suyo.
 Llega á puerto; y, en cambio de una tía
 Anciana ya, cautiva de los Griegos;
 Griega reina atrapó, cuya frescura
 Y juventud de arrugas llena á Apolo
 Y envejece á la Aurora.—¿Qué motivos
 Retenerla nos hace? ¡No retiene
 El Griego á nuestra tía? Conservarla
 La pena vale. Es perla cuyo precio
 Logró botar al mar más de mil buques,
 A reyes transformando en mercaderes.
 Si fué oportuno el que partiera París,
 Y es preciso admitir que tal creisteis,
 Pues «id, id», á una voz dijisteis todos;
 Si confesáis que trajo noble presa,
 Y es forzoso admitirlo, pues aplausos
 Le disteis al gritar: «No tiene precio»;
 ¿A lamentaros vais de las resultas
 De aquello que estimasteis oportuno?
 ¿Y haréis lo que Fortuna nunca hizo,
 Menospreciar aquello que estimasteis
 Cual la tierra y el mar? ¡Oh infame robo!
 ¡Robar aquello que guardar se teme!
 ¡Ladrones del valor del robo indignos!
 Daño que hacemos en la patria ajena,
 En casa confesar nos causa pena.

CASAN. (Dentro.) ¡Llorad, llorad, Troyanos!

PRIÁ. ¿Quién grita así? ¿Qué lamentar es ese?

TROILO. Es, por la voz, nuestra demente hermana.

CASAN. (Dentro.)

¡Llorad, Troyanos!

HÉCT.

Es Casandra misma.

Entra CASANDRA con el cabello suelto.

CASAN. ¡Llorad, llorad, Troyanos! Diez mil ojos
Si me prestáis, veréis cuál los repleto
De lágrimas proféticas.

HÉCT. Hermana,
Calla, calla.

CASAN. ¡Doncellas y donceles,
Gente madura, ó ya arrugada y vieja,
Débil infancia que tan sólo llora,
Aumentad mis clamores! De esa suma
De duelo por venir algo paguemos.
¡Llorad, llorad, Troyanos! Vuestros ojos
Al llanto aleccionad, que Troya debe
Sucumbir: Ilión será postrada.
Mi hermano Paris, encendida tea,
Quema todo. Llorad, llorad, Troyanos,
¡Helena, sér fatal! Llorad sin tasa;
A Helena dad, ó el fuego á Troya ábrasa.

(Vase.)

HÉCT. Dí, joven Troilo, ¿de la hermana nuestra
Estos nobles proféticos arranques
Con el renordamiento no te hieren,
Ó enardeció tu sangre de tal modo
La demencia, que ya ni las razones
Ni el temor de perder en mala causa
Atemperarla pueden?

TROILO. La justicia,
Héctor, hermano mío, de los actos
No se debe medir por los efectos;
Ni debe decaer nuestro coraje

Porque ha perdido la razón Casandra.
 Sus dementes delirios no adulteran
 La bondad de una causa á la que todos
 Nuestro honor consagramos. Por mi parte
 Más interés no tengo del que tenga
 Otro hijo de Priamo. Ni Jove
 Permita que emprendamos cosa alguna,
 Para seguir luchando ó defendernos,
 Que repugne al escrúpulo más leve.

PARIS. ¡De baladí si no tachara el mundo
 Vuestros aplausos y la empresa mía!
 Pero á los cielos pongo por testigo;
 Vuestro consentimiento á mi deseo
 Alas prestó, matando los temores
 A tan audaz proyecto consiguientes.
 ¿Qué puedo yo con este aislado brazo,
 Ni qué puede el valor de un hombre solo,
 Para aguantar la enemistad y empuje
 De los que lucha semejante excita?
 Mas juro que, aunque aislado yo tuviese
 Que soportarlo todo, y que tan grande
 Como mi voluntad mi fuerza fuera,
 Paris no desandara su camino,
 Ni para proseguirlo desmayara.

PRIAM. Hablas cual uno á quien sus propios goces
 Engrien, Paris. Libas miel. Los otros
 Toman la hiel; por tanto, el ser valiente
 En ti no tiene mérito ninguno.

PARIS. Señor, no pienso sólo en los placeres
 A que belleza semejante invita,
 Y ojalá que la mancha se borrase
 Del rapto aquel con su custodia honrosa;
 Pero es faltar á la robada reina,

Para vosotros oprobiosa mancha,
 Y baldón para mí restituirla,
 Por la fuerza obligados torpemente.
 ¿Es posible que idea tan abyecta
 Haya nacido en almas generosas?
 El más humilde sér de nuestro bando
 De valor en su pecho no carece,
 Ni de espada en su mano, si se trata
 De defender á Helena, ni la vida
 Malgastada será del sér más noble,
 Pues logrará la gloria quien sucumba
 En pro de Helena. Por lo tanto, digo
 Que por ella luchar la pena vale,
 Pues no hay beldad alguna que la iguale.

Héct. Paris y Troilo, bien hablasteis ambos,
 Y sobre la cuestión que nos ocupa
 Glosado habéis, si bien á la ligera,
 Cual jóvenes, de quienes opinaba
 Aristóteles que eran incapaces
 De comprender moral filosofía.
 Esas razones que alegáis conducen
 A fomentar pasiones destempladas
 De envilecida sangre, sin que queden
 Los límites del bien y el mal marcados,
 Del goce y la venganza los oídos
 Más sordos á la voz de la justicia
 Que los áspides son. Naturaleza
 Reclama devolver lo suyo al dueño.
 Ahora bien: ¿cabe haber deuda más sacra
 Que la de la mujer á su marido?
 Si esta ley natural por las pasiones
 Se quebranta; si espíritus insignes
 Al ceder á deseos transitorios,

La resisten; los pueblos que son cultos
 Leyes también se fraguan, que refrenan
 Esos desordenados apetitos,
 Si así desobedecen refractarios.

Si es Helena mujer de un rey de Esparta,
 Como lo es, esas morales leyes
 De la naturaleza y de los pueblos
 En alta voz que se devuelva piden.
 Persistir en el mal de esta manera,
 En vez del mal atenuar, lo agrava.

La verdad proclamando, de este modo
 Habla Héctor; no obstante, yo me inclino
 A vuestro plan de retener á Helena,
 Animosos hermanos, pues asunto
 Es éste de gran monta, y del que pende
 La honra de cada cual y la de todos.

TROILO. El punto cardinal de nuestro objeto
 Ahora sí que has tocado. Si no fuera,
 Más bien que riendas dar á nuestra saña,
 La gloria nuestro fin, recabaría
 Que ni otra gota de troyana sangre
 Se vertiera ya más en su custodia.
 Mas del honor y de la fama emblema
 Es ella, Héctor, y ella el acicate
 De hazañas atrevidas y gloriosas.
 Su presencia no más, valor inspira
 Para humillar tal vez al enemigo,
 Y hará que el porvenir nos canonice;
 Y seguro yo estoy que el bravo Héctor
 La grata proporción no perdería
 De conseguir la gloria que sonríe
 Sobre la frente misma de esta empresa,
 Ni por la renta de la tierra toda.

HÉCT. Con vosotros estoy, valientes hijos
 Del gran Priamo. Reto petulante
 A los ociosos turbulentos nobles
 De la Grecia envié, que con asombro
 Escucharán sus perezosas almas.
 Su general me dicen que dormía;
 Que la envidia en su ejército cundía;
 Tal vez yo los despierte.

(Vanse.)

ESCENA III.

Campamento griego. Ante la tienda de Aquiles.

Entra TERSITES.

TERS.—¿Cómo es eso, Tersites? ¡Cómo! ¡Perdido en el laberinto de tu propia rabia? ¡Va á ganar la partida ese elefante de Ajax? Él me pega, y yo me burlo de él. Bonita satisfacción. ¡Ojalá que fuera al revés! Pégarle yo, y que él de mí se burlara. ¡Voto val! Aprenderé á conjurar, á habérmelas con los demonios, y haré por que tengan efecto mis rencorosas maldiciones. Y luego Aquiles. ¡Gran ingeniero! Si Troya no se gana hasta que estos dos la minen, sus muros persistirán hasta que caigan por su propio peso. ¡Oh tú, gran lanza rrayos del Olimpo! olvidate de que eres Jove, rey de los dioses; y tú, Mercurio, pierde el serpentino ingenio de tu caduceo si no anuláis del todo ese su escaso, su escasísimo ingenio; tan escaso, que la más supina ignorancia puede reconocer su escasez; tan escaso, que, aunque discutieran no acertarian á libertar á una mosca de

una araña, sin que sus potentes hierros rompiesen la tela. Después de esto, ¡malhaya el campamento todo! Ó más bien, ¡dolor de huesos tenga! pues ésa creo que es la más apropiada maldición para los que guerrean por faldas. Ya he rezado. El diablo de la envidia diga amén. ¡Cómo! ¡Hola, mi señor Aquiles!

Entra PATROCLO.

PATR.—¿Quién está ahí? ¡Tersites! Amigo Tersites, entra y gruñe.

TERS.—Si me hubiera acordado de una moneda de similor, no te hubieras deslizado de mi memoria; pero ¿qué más da? Para ti, contigo basta. La maldición del mundo, la necedad y la ignorancia tus rentas sean. De consejeros guárdete el cielo, y la ciencia no te toque. Guíete tu carne hasta que te mueras; y si quien te amortaja asegura que eres bello cadáver, juraré una y mil veces que quien tal dice ha anhortajado á lazarinos únicamente. Amén. ¡Dónde está Aquiles?

PATR.—¿Eres devoto? ¿Rezas?

TERS.—Sí. Óiganme los cielos.

Entra AQUILES.

AQUIL.—¿Quién está ahí?

PATR.—Tersites, señor.

AQUIL.—¿Dónde, dónde? ¿Con que, por fin, viniste? Vaya, queso mío, digestivo mío. ¿Por qué no te has servido á mi mesa últimamente? Vamos á ver: ¿qué es Agamenón?

TERS.—Tu jefe, Aquiles. Ahora bien: dime tú, Patroclo: ¿qué es Aquiles?

PATR.—Tu señor, Tersites. Ahora bien: dime tú, por favor: ¿qué eres tú?

TERS.—Quien te conoce, Patroclo. Ahora bien, Patroclo, dime tú: ¿qué eres tú?

PATR.—Dilo tú, que me conoces.

AQUIL.—¡Oh! dilo, dilo.

TERS.—Resumiendo: Agamenón es jefe de Aquiles; Aquiles es mi señor; y yo conozco á Patroclo, y Patroclo es un necio.

PATR.—¡Bribón!

TERS.—Calla, necio. No he concluido.

AQUIL.—Goza de inmunitud. Sigue, Tersites.

TERS.—Agamenón es un necio. Aquiles es un necio. Tersites es un necio; y, como queda dicho, Patroclo es un necio.

AQUIL.—Pruébalo; vamos.

TERS.—Agamenón es un necio pretendiendo mandar á Aquiles; Aquiles es un necio por dejar que Agamenón pretenda mandarlo; Tersites es un necio por servir á semejantes necios, y Patroclo es un necio real y positivamente.

PATR.—¿Por qué soy yo necio?

TERS.—Pregúntaselo al Creador. A mí me basta que lo seas. Mira quién viene ahí.

AQUIL.—Patroclo, no quiero ver á nadie. Vente contigo, Tersites.

(Vase.)

TERS.—¡Cuánta hipocresía, cuánta embustería y cuánta pillería! Todo el asunto se reduce á un cornudo y á una meretriz. ¡Bonita cuestión para suscitar envidias y verterse sangre! ¡Mala peste en todo ello, y que la guerra y la luxuria lo confunda!

(Vase.)

Entran AGAMENÓN, ÚLISES, NÉSTOR, DIÓMEDES
y AYAX.

AGAM. ¿Dónde está Aquiles?

PATR. En su tienda, señor; pero indisposto.

AGAM. Que sepa que aquí estoy. Mis comisarios
Escarneció; pero de lado pongo
Jerarquías, y vengo á visitarle.
Que lo entienda; no vaya, por ventura,
A pensar que mi puesto no conozco
Ni sé quien soy.

PATR. Se lo diré yo mismo.

(Vase.)

ULISES. Lo vimos á la puerta de su tienda;
No está enfermo.

AYAX.—Si lo está. Su enfermedad es la del león. La
enfermedad de la soberbia. Llamadla melancolía si no
queréis ofender á ese hombre; pero, por mi cabeza, jurara
que es orgullo. Pero ¿por qué, por qué? Que nos diga
por qué razón.—Señor, una palabra.

(Se aparta con Agamenón.)

NÉST.—¿Por qué le habla Ajax de ese modo?

ULISES.—Porque Aquiles le ha birlado su bufón.

NÉST.—¿A Tersites?

ULISES.—Al mismo.

NÉST.—En ese caso poco tendrá que deciros Ajax,
pues habrá perdido el único tema que tenía.

ULISES.—No. Ya veréis. Su tema es quien tiene su
tema: Aquiles.

NÉST.—Tanto mejor. Que estén desunidos nos tiene

más cuenta que su unión; pero lazo harto fuerte era para que un necio lo desatara.

ULISES.—La amistad que la discreción no ata, fácilmente desata la necedad. Aquí viene Patroclo.

NÉST.—Y sin Aquiles.

ULISES.—Coyunturas tiene el elefante, pero no para hacer cortesías. Sus patas le sirven para mantenerse y no para genuflexiones.

Vuelve á entrar PATROCLO.

PATR. Decir me ordena Aquiles que lamenta .

Que vuestra excelsitud y noble corte

Vengan á verle, como no haya sido

Por pura diversión ó pasatiempo.

Que confia será por eso solo,

Pues después de comer es oportuno

Para la digestión tomar el aire.

AGAM. Patroclo, escucha. Por demás nos tiene
Avezados á oir tales respuestas;

Mas su evasiva, aunque las prontas alas

Del escarnio la adornen, en su vuelo

A mi agudeza aventajar no logra.

Méritos grandes tiene; y, siendo justos,

Los admitimos todos. Sin embargo,

Sus buenas cualidades no se emplean

Por su parte en el bien, y á nuestros ojos

Perdiendo poco á poco van su brillo.

Sí: riquísimos frutos mal guisados,

En el plato se quedan y se pudren.

Véte, y dile que á hablarle hemos venido;

Y no estará de más que, acaso, añadas

Que más soberbio, pero menos bueno,

Juzgamos que es de lo que ser debía;
 Más grande por la estima en que él se tiene
 Que por la fama que le dan. Que sepa
 Que quienes valen más aquí soportan
 Su descortés conducta, y se desprenden
 De su poder sagrado, con llevando
 Con bondad sus fantásticas manías.
 Aún más: mimando sus caprichos locos,
 El flujo y el reflujo de su genio,
 Cual si con su corriente navegara
 Todo el negocio este. Se lo dices.
 Y agrega que si en tanto se avalora,
 Que no nos hace falta. Que se quede
 Como máquina fija, y que diremos
 Que sirve donde está, que no guerrea.
 A diligente enano preferimos
 A gigante que duerme. Se lo dices.

PATR. Está bien. Su respuesta tracré luogo.

(Vase.)

AGAM. No he de aceptar que otro por él nos hable;
 A verle hemos venido. Ulises, entra.

(Vase Ulises.)

AYAX.—¿Vale más que otro cualquiera?

AGAM.—No; pero él se lo cree.

AYAX.—¿Vale siquiera tanto? ¿Crees que se considera
 más hombre que yo?

AGAM.—Sin duda.

AYAX.—¿Confirmas su opinión y crees tú que acierta?

AGAM.—No, noble Ajax. Tú eres tan fuerte como él,
 tan valiente, tan discreto, no menos noble, mucho más
 cortés, y sin disputa alguna más tratable.

AYAX.—¿Por qué hay orgullosos? ¿Cómo nace el orgullo? Yo no sé lo que es orgullo.

AGAM.—Tu inteligencia es más lúcida, Ajax, y tienes mejores cualidades. El orgulloso se come á sí mismo. El orgullo es su espejo, su clarín, su crónica, y cualquiera que se alaba de otro modo que con sus obras, las devora con sus alabanzas.

AYAX.—Odio yo al orgulloso tanto como criar sapos.

NÉST.—(Aparte.) Y se quiere no obstante. ¿No es rareza?

Vuelve á entrar ULISES.

ULISES. Al campo Aquiles no saldrá mañana.

AGAM. ¿Qué razón da?

ULISES. No da razón alguna.

Navega de su gusto en la corriente
Sin consideraciones ni respetos,
De su capricho y presunción guiado.

AGAM. ¿Por qué no quiere abandonar su tienda,
Corteses al rogárselo, y el aire
Con nosotros tomar?

ULISES. A pequeñeces
Importancia les da si se le piden.
Tan poseído está de su grandeza,
Que á sí mismo se habla con respeto,
Y mide cuidadoso sus palabras.
Su imaginado mérito en su sangre
Con tal ardor contiene, que en la lucha
Que entre su cuerpo y alma se provoca,
Aquiles, como reino conmovido,
Se dестroza á sí propio. ¿Qué os diría?
Es ya tan pestilente su soberbia,

Que proclaman sus síntomas mortales:
«No hay remedio».

AGAM. Que Ayax á verlo vaya.

Salúdalo en su tienda, caro amigo.
Que te estima se dice, y á tu ruego
Algo, quizá, de su carácter ceje.

ULISES. ¡Oh! no hagas eso, Agamenón. Los pasos

Que Ayax dé que de Aquiles lo separen
Debemos bendecir. Al noble altivo
Que uña su orgullo con su propia grasa,
Que mundanal negocio no tolera
Penetrar en su mente, sino asunto
Que él mismo ha concebido y ha rumiado,
· ¿Va á rendir culto el predilecto nuestro?
No. Señor tan valiente y archidigno
No ajará con mi venia los laureles
Que adquirió con honor, ni va á humillarse,
Pues vale tanto como vale Aquiles,
A Aquiles visitando.

Es engordar su corpulento orgullo;
Eso es al Cáncer añadir carbones
Cuando á Hiperión recibe refulgente.
¡Que lo visite Ayax! Jove, tronando,
Lo evite, y diga: «Vaya á verlo Aquiles».

NÉST. (Aparte.) ¡Oh, va muy bien! El flaco le conoce.

DÍÓM. (Aparte.) ¡Cómo en silencio los aplausos bebe!

AYAX. Si lo he de visitar, con mi manopla
Un puñetazo le daré en la cara.

AGAM. ¡Ah, no; no debes ir!

AYAX. Como orgulloso
Se me muestre, amansar sabré su orgullo.
Dejad que vaya.

ULISES, Ni por todo el precio

Que vale nuestra empresa.

¡Insolente!

NéST. (Aparte.) ¡Qué bien que se describe!

AYAH. ¿No puede ser cortés?

ULISES. (Aparte.) El cuervo insulta
Lo negro. —

Ayax. Haré que sangren sus caprichos.

AGAM. (Aparte.) Ser debiera éste médico paciente.

Ayax. ¡Si todo el mundo como yo pensara!

ULISES. (Aparte.) El ingenio de moda no estaría.

Ayax. No lo aguantara yo, que espadas antes
Engullera. ¿A ganar va la soberbia?

Nést. (Aparte.) Tú ganarías la mitad pudiendo.

ULISES. (Aparte.)

De diez partes, las diez.

Ajax. He de amasarlo.

Blando yo lo pondré.

NÉST. (Aparte.) Calor le falta;
Es fuerza que extreméis vuestros encomios.
Más, más; que su ambición está sedienta.

ULISES. (A Agamenón.)

Harto, señor, pensáis en este lance.

NÉST. Que no os preocupe, noble jefe nuestro.

DÍON. A luchar preparaos sin Aquiles.

UUSES. Le causan mal al celebrarle tanto.

A un hombre ved aquí.—Se halla presente.—
Me callaré.

NÉST. Pero ¿por qué te callas?

Ambicioso no es cual lo es Aquiles.

Ulysses. Pues sepa el mundo que le iguala en brío.

Ajax. ¡Perro, hi de tall! Burlarse de nosotros!

¡Que no fuera Troyano!

- Nést. Grande mancha
 Seria la de Ayax.....
- ULISES. Si fuera altivo.
 Dióm. Ó buscara el elogio.
- ULISES. Sí por cierto,
 Ó discolo de suyo.
- Dióm. Ó reservado,
 Ó egoista.
- ULISES. Señor, de genio dulce,
 Al cielo gracias, eres tú. Bendito
 Quien te engendró, la que te dió su pecho.
 Gloria al maestro tuyo, pero gloria
 Mayor á tus talentos naturales,
 Que á toda erudición atrás dejaron.
 En cuanto á aquel que te adiestró á la lucha,
 Que Marte en dos su fama eterna parta
 Y te dé la mitad. Tocante á fuerzas,
 Su gloria Milo, el cargador de toros,
 Al vigoroso Ayax ceder le toca.
 Tu discreción enaltecer no quiero,
 Confin, límite, cerca que rodea
 Tus múltiples y vastas cualidades.
 Néstor es éste, á quien la edad instruye;
 Debe ser, es, y es fuerza que sea sabio.
 Pero perdón te pido, padre Néstor.
 Verdes cual los de Ayax fueran tus días,
 Y fuera tu cerebro de su temple,
 En preeminencia no lo aventajaras:
 Sólo fueras Ayax.
- AYAX. ¿Te llamo padre?
 Nést. Sí tal, hijo querido.
 Dióm. Que él te guie,
 Noble Ayax.

ULISES. Es inútil detenernos.
Del matorral no sale el ciervo Aquiles.
Que nuestro insigne general reúna
Su consejo de guerra, que otros reyes
A Troya acaban de llegar. Mañana
Formar debemos nuestras fuerzas todas.
Ved á este jefe. Desde el orto á ocaso
Vengan nobles. Su flor que se presente.
Nadie de Ajax podrá ponerse enfrente.
AYAX. Al consejo de guerra. Aquiles sobra.
Vuela el esquife, el galeón zozobra.

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

Troya.—Habitación en el palacio de Priamo.

Entran un SIRVIENTE y PANDARO.

PÁND.—Amigo, por favor, una palabra. ¿No sigues tú al noble joven Paris?

SIRV.—Si, señor, cuando va delante de mí.

PÁND.—Digo si no dependes de él.

SIRV.—Sí; dependo de ese señor.

PÁND.—Dependes de noble caballero. Me es forzoso alabarло.

SIRV.—Alabado sea el Señor.

PÁND.—Me conoces, ¿no es cierto?

SIRV.—Señor, superficialmente.

PÁND.—Conócame mejor, amigo. Soy el señor Pandaro.

SIRV.—Confío en que te conoceré mejor.

PÁND.—Así lo espero.

SIRV.—¿Estás aquí de gracia?

PÁND.—¡De gracia! Nada de eso. Señoría y excelencia son mis distintivos. (Música dentro.) ¿Qué música es ésa?

SIRV.—La conozco sólo parcialmente. Es música en partes.

PÁND.—¿Conoces á los músicos?

SIRV.—Totalmente.

PÁND.—¿Para quiénes tañen?

SIRV.—Para los oyentes.

PÁND.—Amigo, já deseos de quién?

SIRV.—A deseos míos y de todos los aficionados.

PÁND.—Orden, digo.

SIRV.—¿Quién falta al orden?

PÁND.—Amigo, no nos entendemos. Soy harto cortés, y tú harto ladino. ¿A instancias de quién tañen estos músicos?

SIRV.—Eso es. ¡Vaya! Si, señor. A instancias de mi señor Paris, quien está con ellos, y con él la Venus mortal; la esencia misma de la belleza; el alma invisible del amor....

PÁND.—¿Quién? ¡Mi sobrina Crésida?

SIRV.—No, señor; Helena. ¡No lo pudiste haber adivinado por sus atributos?

PÁND.—Según parece, tú no has visto á Crésida. Vengo á ver á Paris de parte del príncipe Troilo. Voy políticamente á atacarlo, porque el asunto chispea.

SIRV.—¡Asunto chispeante! ¡Vaya una frase de cocina!

Entran PARIS y HELENA, con acompañamiento.

PÁND.—Buenos días, señor, é igualmente á tan buena compañía. Buenos deseos en buena medida á buen fin os lleven, especialmente á ti, buenísima Reina, y buenos pensamientos te siryan de buena almohada.

HELENA.—Querido señor, repleto estás de buenas palabras.

PÁND.—Tu buena voluntad, dulce Reina, así se expresa. Buen Príncipe, aquí tenemos excelente música interrumpida.

PARÍS.—Tú la interrumpiste, y por vida mía que has de componer la interrupción interrumpiéndola con un trozo de tu propia cosecha. Helenilla, está repleto de armonías.

PÁND.—Señora, juro que no.

HELENA.—Vamos.....

PÁND.—Es áspera mi voz. Francamente, muy áspera.

PARÍS.—Bien dicho. Lo dices con sonsonete.

PÁND.—Traigo un mensaje á mi señor, amada Reina. Señor, ¿me permites una palabra?

HELENA.—Pues con eso no me das esquinazo. Te tengo de oír cantar.

PÁND.—¡Vaya, dulce Reina, chanceas á costa mía! (A París.) Pero vamos, es lo siguiente, señor. Mi estimado y querido señor, tu hermano Troilo.....

HELENA.—¡Mi señor Pándaro! ¡Señor almibaradísimo!

PÁND.—Anda, anda, dulce Reina. (A París.) Cariñosamente te saludo.

HELENA.—No me escamotearás tu canción. Si lo hicieras, caiga mi mortificación sobre tu cabeza.

PÁND.—¡Dulce Reina, dulce Reina! ¡Vaya, dulce Reina! á fe.....

HELENA.—Entristecer á una dulce dama es amarga ofensa. No te vale esa excusa. ¡Francamente, no te vale! No hago caso de semejantes palabras. Que no.

PÁND.—(A París.) Y mi señor desea que si el Rey pregunta por él á la hora de la cena, que lo excuses.

HELENA.—Señor Pándaro.....

PÁND.—¿Qué dice mi dulce Reina, mi dulcísima Reina?

PARIS.—(A Pándaro.) ¿Qué hazaña trae entre manos? ¿Dónde cena esta noche?

HELENA.—Pero vamos á ver, señor mío.....

PÁND.—¿Qué dice mi dulce Reina? (Á Paris.) Mi sobrina se incomodaría; no debéis saber dónde cena.

PARIS.—(A Pándaro.) Apuesto la vida á que es con mi señora Crésida.

PÁND.—(Á Paris.) No, no, no, nada de eso; no das en el blanco. Su señoría está indisposta.

PARIS.—Está bien. Lo excusaré.

PÁND.—Corriente, señor. ¿Por qué nombraste á Crésida? Su pobre señoría está indisposta.

PARIS.—Adivino.

PÁND.—Adivinas, y ¿qué adivinas? Vamos, denme un instrumento. Ahora, dulce Reina.

HELENA.—¡Cuánta amabilidad!

PÁND.—Mi sobrina está terriblemente enamorada de una cosa que posees tú.

HELENA.—Pues la tendrá, con tal que no sea mi dueño Paris.

PÁND.—¡Bah! No lo quiere. Ella y él son dos.

HELENA.—Si concuerdan después de su discordancia, pueden ser tres.

PÁND.—Vamos, vamos. No quiero oír más. Ahora te cantaré una canción.

HELENA.—¡Sí, sí, por favor! A fe mía, dulce señor, que tienes hermosa frente.

PÁND.—¡Búrlate, búrlate!

HELENA.—Que tu canción sea canción de amor. Este amor nos perderá á todos. ¡Oh Cupido, Cupido, Cupido!

PÁND.—De amor. Por supuesto que sí.

PARIS.—Sí, vamos. Amor, amor, y nada más que amor.

PÁND.—A fe que así principia.

(Canta.)

¡Amor, Amor! Eterno es tu reinado.
 De Amor el dardo amaga
 A cierva y á venado;
 Mas no es mortal la llaga
 Que infiere al que ha alcanzado;
 Que en vez de herir, halaga.
 «¡Ay, ay, ay! muero», exclama el amador;
 Mas pronto cesará
 Su grito de dolor;
 Que su ¡ay, ay, ay! se torna en ¡ja, ja, ja!
 Quien de ese modo muere,
 De vida lleno está.
 Un ¡ay, ay, ay! profiere,
 Un ¡ay, ay, ay! que pide un ¡ja, ja, ja!

HELENA.—Amor, á fe mía, hasta la punta de las narices.

PARIS.—Come sólo tórtolas, amor mío, y eso cría sangre ardiente; y la sangre ardiente engendra ardientes pensamientos; y los pensamientos ardientes, ardientes hechos; y ardientes hechos, son amor.

PÁND.—¿Es ésa la genealogía del amor? Sangre ardiente, pensamientos ardientes y hechos ardientes. ¿Aspides son, por ventura, y el amor es una generación de áspides? Caro señor, ¿quién ha salido hoy al campo?

PARIS.—Héctor, Deifobo, Heleno, Antenor y toda la flor y nata de Troya. Hoy hubiera querido armarme; pero mi Helena no me lo ha permitido. ¿Cómo es que mi hermano Troilo no ha salido?

HELENA.—Se le cae la baba por algo. Tú lo sabes, amigo Pándaro.

PÁND.—Yo no, dulcísima Reina. Ansio saber lo que haya ocurrido hoy. ¿Te acordarás de excusar á tu hermano?

PARÍS.—Sin falta alguna.

PÁND.—Adiós, dulce Reina.

HELENA.—Memorias á tu sobrina.

PÁND.—Se las daré, dulce Reina.

(Vase.)

(Suena retirada.)

PARÍS. A ver á los que ya del campo tornan
A la mansión de Príamo acudamos,
Amada Helena, y yo te rogaría
Que al Héctor nuestro á desarmar ayudes.
Sus tenaces hebillas, á tus blancas
Manos encantadoras más propicias
Se mostrarán que á filos acerados
Ó á músculos de Griegos vigorosos.
Más harán que esos reyes insulares
Lograron del gran Héctor: desarmarlo.

HELENA. A gala tengo yo, París, servirle.
Lo que el deber me ordena concederle
Añade nuevo timbre á mi hermosura.
Es la verdad, la eclipsa.

PARÍS. ¡Prenda mía!
Mi amor se deja atrás al pensamiento.

(Váñese.)

ESCENA II.

El jardín de Pándaro.

Entran, enecontrándose, PÁNDARO y un SIRVIENTE de Troilo.

PÁND.—Vamos á ver, ¿en dónde está tu amo? ¿En casa de mi sobrina Crésida?

SIRV.—No, señor. Te espera para que allí la conduzcas.

PÁND.—¡Oh! Aquí viene.

Entra TROILO.

Vamos, vamos.

TROILO.—Vete.

(Vase el sirviente.)

PÁND.—¿Has visto á mi sobrina?

TROILO.—No, Pándaro. Rondando estoy su casa;

Alma virgen, que aguarda en la ribera
De la laguna Estigia su traslado.

Sé mi Caronte tú. Rápidamente
Transpórtame á esos campos, donde logre

En sus lechos de lirios revolcarme,

Que á bienaventurados se reservan.

Oh Pándaro gentil, quita á Cupido
Sus matizadas alas, y tu vuelo,
Llevándome hacia Crésida, dirige.

PÁND. Pasea en el jardín, que vuelvo pronto.

(Vase.)

TROILO. Me marea, me aturde la esperanza.
 Tan dulce es este goce imaginado,
 Que encanta mi sentir. ¿Qué va á pasarme
 Si del amor el refinado néctar
 Mi humedecido paladar cautiva?
 Temo la muerte, destructor desmayo,
 O ventura, quizás, harto exquisita,
 Harto sutil y por demás potente;
 Harto aguda en la escala de lo dulce
 Para las toscas fibras de mi alma.
 Mucho lo temo, y, además, me temo
 No poder discernir entre esos goces,
 Como ocurre en la guerra, si acosamos
 Al enemigo que en tropel se evade.

Vuelve á entrar PÁNDARO.

PÁND.—Se está arreglando. Ahora mismo viene. Aguza el ingenio. ¡Está tan avergonzada! Con el aliento tan agitado como si la acosara algún fantasma. Yo la traeré. Es la villana más bonita del mundo. Respira tan agitada como gorrión acabado de atrapar.

Vase.

TROILO. Idéntica emoción mi pecho embarga;
 Con más violencia el corazón me late
 Que el pulso con la fiebre, y las potencias
 De mi alma se turban, cual se turba
 Vasallo al ver la majestad de pronto.

Vuelve á entrar PÁNDARO con OHLÉSIDA.

PÁND.—Vamos, vamos. ¿Qué necesidad hay de son-

rojarse? La vergüenza es niño de teta. Aquí está. Járale lo que me has jurado á mí. ¡Qué! ¿te vas? ¿Cuidar de ti será preciso para que te amanses? Anda, anda. Aunque quieras retroceder te haré entrar en varas. ¿Por qué no le hablas tú? ¡Vamos! Levanta esa cortina, y véase tu retrato. ¡Qué lástima! ¡Cómo teméis ofender al día! Si hubiera obscuridad, más pronto os acercaríais. Así, así. Sobarse, y á besar á la doncella. ¡Cómo! ¡un beso á perpetuidad! Construye ahí, carpintero. Corre buen aire. Nada, hasta que hayáis concluido no os separaré. Lo mismo caza patos el halcón que su pareja. Anda, anda.

TROILO.—Me has dejado sin palabras.

PAND.—Palabras no pagan deudas. Dale hechos. Pero quizá también te deje sin hechos si te pone á prueba. ¿Cómo? ¿Picoteándoos otra vez? Con que ~~en~~ testimoniazo de lo cual las partes contratantes....» Entrad, entrad. Haré que enciendan fuego.

(Vase.)

CRÉS.—Señor, ¿quieres entrar?

TROILO.—¡Oh Crésida! ¡Cuántas veces he deseado verme así!

CRÉS.—¿Deseado, señor? ¡Quieran los dioses!.... ¡Oh señor!

TROILO.—¿Qué han de querer? ¿A qué tan linda interrupción? ¿Qué raras heces contemplas, dulce dama mia, en la fuente de nuestro amor?

CRÉS.—Más heces que agua, si ojos tienen mis temores.

TROILO. — Los temores hacen de ángeles demonios. Nunca ven claramente.

CRÉS.—El temor ciego, á quien la razón con ojos guía, camina con más seguro pie que la razón ciega que sin

temor tropieza. Temer lo peor, á menudo evita lo peor.

TROILO.—¡Oh! Nada temía la dama mía. En el escenario de Cupido no aparece monstruo alguno.

CRÉS.—¿Ni nada monstruoso?

TROILO.—Nada. Nuestros votos no más, cuando juramos llorar mares, vivir en el fuego, devorar peñascos y amansar tigres, creyendo que es más arduo para nuestra dama inventar tareas que para nosotros soportar las dificultades impuestas. En el amor, señora, está la monstruosidad; que la voluntad es infinita, y restringida la ejecución; que el deseo es ilimitado, y el acto siervo del límite.

CRÉS.—Se dice que todos los amantes juran hacer más de lo que pueden, y que, sin embargo, se reservan el poder de hacer lo que nunca hacen; que juran lo equivalente á diez, y no ejecutan ni la décima parte de una unidad. Quienes tienen voz de leones y acciones de libres, ¿no son monstruos?

TROILO.—¿Hay gente así? Yo no soy de éhos. Pruébame, y luego alábame. Lo que valiere yo, concédemelo. Al aire irá mi cabeza hasta que la corone el mérito. Ninguna perfección en perspectiva alábese de presente. No hablemos de merecimientos antes que nazcan, y cuando nacieran, modesto premio alcancen. Pocas palabras declararán mi sincera fe. Troilo será para Crésida de tal manera, que la maledicencia más envenenada sólo podrá burlarse de su sinceridad, y la verdad más sincera no podrá ser más sincera que Troilo.

CRÉS.—¿Quieres entrar?

Vuelve á entrar PÁNDARO.

PÁND.—¡Cómo! ¿Todavía con sonrojos? ¿No habéis acabado de hablar?

CRÉS.—Está bien. Te dedico las locuras que cometí.

PÁND.—Te lo agradezco. Si tu señor te hace un chico, regálamelo. Sé fiel á mi señor. Si él fallare, regáname.

TROILO.—Ya sabes cuáles son tus rehenes. La palabra de tu tío y mi firme fe.

PÁND.—Es más. También á ella la garantizo. En nuestra familia, las hembras son difíciles de ganar al amor; pero cuando se entregan son constantes. Son, te lo aseguro, bardana que se agarra adonde cae.

CRÉS. De mí la audacia se apodera, y tengo
Para hablarte valor. Príncipe Troilo,
Yo de día y de noche te he querido
Há muchos tristes meses.

TROILO. ¿Pero por qué fué Crésida tan dura
De vencer?

CRÉS. Dura sólo en la apariencia.

Vencida fui, señor, con la mirada
Primera que..... Perdóname. Si tanto
Confieso, quizá déspota te tornes.
Hoy te amo; mas antes no hasta el punto
De no poderme dominar..... mentira.
Mis pensamientos, niños mal criados,
Tercos para su madre se mostraban.—
¡Qué necias somos! ¿Para qué lo digo?
¿De quién fiarnos, si nosotras mismas
No sabemos guardar nuestros secretos?
Te amaba, pero nunca te lo dije;
Mas hombre, francamente, ser ansiaba,
O que tuviera la mujer del hombre
Para primero hablar, prerrogativa.
Ordénamic callar, amado mío,
O en el éxtasis este puedo, acaso,

Decir aquello que después deplore.
 Ya lo ves, ya lo ves. Ese silencio,
 Astuto en su mudez, de mi flaqueza,
 Para robarme el juicio que me rige,
 Se ha prevalido. Tápame la boca.

TROILO. Sí, por más que su música me encanta.

(La besa.)

PÁND. Muy bonito.

CRÉS. Te suplico, señor, que me perdones,
 Pues no era mi intención pedirte un beso.
 Avergonzada estoy. ¡Cielos! ¿Qué hice?
 De ti es preciso despedirme ahora.

TROILO. ¿Despedirte de mí, Crésida bella?

PÁND. ¡Despedirse! Quizás hasta mañana
 La despedida dilatar procure.

CRÉS. ¡Cállate, por favor!

TROILO. ¿Qué te perturba?

CRÉS. Mi propia compañía.

TROILO. No es posible
 Que tú la eludas.

CRÉS. Déjame intentarlo.

Una segunda yo vive contigo.
 Yo cruel, que desierta de sí misma,
 Y de otro en juguete se transforma.
 Debo marcharme. ¿Dónde está mi juicio?
 Ni lo que digo sé.

TROILO. Muy bien lo saben
 Quienes hablan de modo tan discreto.

CRÉS. Acaso pensarás que más astucia
 Que amor mostré; que confesión tan amplia
 Cebo fué procurando tu cariño;
 Más si eres tan discreto, no me quieres:

Que amar y ser discreto á los humanos
Concedido no es. Eso es de dioses.

TROILO. En la mujer creyera que es posible
(Y, si es posible, en ti quizá lo sea)
Alimentar la lámpara y el fuego
De amor eternamente, y, pura y joven,
Mantener una fe que sobreviva
A la exterior belleza, con un alma
Que renace á lá par que el cuerpo muere.
¡Oh, si yo consiguiera persuadirme
De que mi ingenuidad y fe cumplidas
Pudieran igualarse, equilibrarse
Con otro amor tan puro y refinado,
Extasis para mí cuán grande fuera!
Mas ¡ah! veraz cual la verdad sin arte
Me manifiesto yo, menos astuto
Que la verdad en boca de la infancia.

CRÉS. Sobre ese tema lucharé contigo.

TROILO. ¡Oh, bienhadada lucha cuando lucha
Contra lo bueno el bien, porque aparezca
Cuál es el bien mayor! En lo futuro
Jurarán los amantes verdaderos
En el mundo su fe de Troilo en nombre.
Cuando sus versos llenos de protestas,
Juramentos y tropos atrevidos
Símiles necesiten, ya cansados
De la repetición de ser tan fieles
Como el acero, ó plantas á la luna,
Al alba el sol, la tórtola á su esposo,
Como el hierro al imán, al centro el mundo,
Y todas las metáforas se agoten,
Como auténtico autor á mí me citen
De la lealtad, y «tan leal cual Troilo»

Corone el verso y santifique el ritmo.

CRÉS.—¡Ojalá profetices! Si me muestro
Falsa, ó de la verdad discrepo un punto,
Cuando de sí se olviden las edades,
Cuando destruyagota ágota el agua
Los sillares de Troya, y cuando engulla
Las poblaciones el olvido ciego;
Y, sin historia, estados poderosos
Se reduzcan al polvo de la nada,
El recuerdo, al fijarse en las falsías
Que las doncellas todas perpetraron,
Culpe mi falsedad, y habiendo dicho
Tan falsa como el agua, como el aire,
Como el viento, la arena; cual la zorra
Al corderillo, á la ternera el lobo,
A la cierva el leopardo, ó la madrastra
A su hijastra, á una voz todos exclamen,
De la falsia el corazón hiriendo:
«Tan falsa como Crésida».

PÁND.—Anda, anda. Trato hecho. Á sellarlo, á sellarlo. Yo seré testigo. Esta es tu mano. Esta es la de mi sobrina. Si os mostráis reciprocamente infieles después del trabajo que me he tomado yo para uniros, que todos los miserables intermediarios se llamen como yo hasta la consumación de los siglos. Llámense Pándaros; y todos los inconstantes Troilos, y todas las falsas Crésidas, y todos los rufianes Pándaros. Decid amén.

TROILO.—Amén.

CRÉS.—Amén.

PÁND.—Amén. En virtud de lo cual os conduciré á una alcoba donde hay un lecho, lecho que, como no ha de hablar de vuestros dulces combates, podéis estrechar hasta la muerte. Idos.

Proporcione Cupido á toda dama
Pándaro mediador, alcoba y cama.

(Vanse.)

ESCENA III.

El campamento griego.

Entran AGAMENÓN, ULISES, DIÓMEDES, NÉSTOR,
AYAX, MENELAO y CALCAS.

CALCAS. Por los servicios, príncipes, que os hice,
Hoy la ocasión á reclamar me impulsa
En alta voz la recompensa mía.
Recordad que, por serme conocidos
Los intentos de Jove, huí de Troya.
Dejé todos mis bienes; en la tacha
De traidor incurri, de establecidas
Comodidades me privé, de inciertas
Aventuras en pos, y secuestrado
De todo cuanto el hábito y el tiempo
Y la amistad hicieron familiares
Á mi naturaleza y circunstancias;
Y, al transformarme, aquí para serviros
Como extranjero é ignorante vine
Cual si acabara de llegar al mundo.
Ruego, pues, que hoy me deis ligera muestra
De esos múltiples premios prometidos
Y que decís que el porvenir me guarda.

AGAM. Troyano, ¿qué pretendes? Dilo luego.

CALCAS. Prisionero á un Troyano ayer cogisteis,
Que se llama Antenor, á quien estiman

En Troya grandemente. Con frecuencia
 —Y gracias con frecuencia os dí por ello—
 Propusisteis que fuese canjeada
 Dignamente mi Crésida, mas nunca
 Troya lo consintió. De tal manera
 Es llave este Antenor de sus negocios,
 Que perturbados todos sus asuntos
 Sin su manejo quedarán, y en cambio
 Casi á un príncipe egregio nos darían
 Ó á algún hijo de Priamo. Debieraís
 Allí enviarlo, príncipes excelsos,
 Y comprar á mi hija de ese modo,
 Pagándome en completo mis servicios,
 Aun los que fueron de mayor valía.

AGAM. Que Diómedes lo lleve, y que nos traiga
 Á Crésida á este sitio. Lo que pide
 Tendrá Calcas. Buen Diómedes, al punto
 Para este cambio efectuar disponte;
 Y averigua, además, si Héctor aun quiere
 Su reto mantener. Ajax dispuesto
 A responder está.

DIÓM. Me enorgullece
 La misión que me dais.

(Vanse Diómedes y Calcas.)

Entran AQUILES y PATROCLO ante su tienda.

ULISES. Está á la puerta de su tienda Aquiles.
 Al iros, general, dadle de lado
 Cual si perdido hubieraís su recuerdo;
 Y, príncipes, vosotros en conjunto
 Desatentos miradle ó distraídios.

Quizá cuando yo pase me pregunte
 Por qué razón lo miran de reojo.
 Si lo hiciese, una pócima de burlas
 Tengo en reserva yo para este choque
 De vuestra frigidez y de su orgullo,
 Que querrá propinarse de buen grado;
 Y puede aprovecharle, pues no tiene
 Otro espejo el orgullo que el orgullo.
 Genuflexiones la soberbia aumentan
 Y con tal paga los soberbios cuentan.

AGAM. Adoptaré tu plan, é indiferente
 Me mostraré cuando á su lado pase.
 Nobles, haced vosotros esto mismo:
 No saludéis, ó con desdén, si acaso,
 Lo que será peor que ni mirarle.
 Yo os mostraré el camino.

AQUIL. ¡Cómo! ¿Viene
 A hablarme el general? Pues conocida
 Es mi opinión. No luchó contra Troya.

AGAM. ¿Qué dice Aquiles? ¿Qué es lo que le ocurre?
NÉST.—Con el jefe, señor, ¿qué se os ofrece?

AQUIL.—Nada.

NÉST.—Nada, señor.

AYAX.—Tanto mejor.

(Vanse Agamenón y Néstor.)

AQUIL.—Buenos días, buenos días.

MEN.—¿Cómo estás? ¿Cómo estás?

(Vase.)

AQUIL.—¡Cómo! ¿Ese cornudo se burla de mí?

AYAX.—¡Hola, Patroclo!

AQUIL.—Buenos días, Ayax.

AYAX.—¡Ah!

AQUIL.—Buenos días.

AYAX.—Sí tal, y buenas tardes también.

(Vase.)

AQUIL. ¿Qué hace esta gente? ¡A Aquiles no conoce?

PATR. Pasan indiferentes. Inclinarse

Y sonreir solían ante Aquiles.

A su presencia humildes se acercaban

Cual si á sacros altares acudieran.

AQUIL. ¡Tan poco valgo ya! Cuando la suerte

Abandona á los grandes, de seguro

Los mortales también los abandonan.

Antes descubre en los ajenos ojos

Lo que es el que cayó que en su caída.

Porque los hombres son cual mariposas

Que al verano no más sus alas batén.

No hay hombre á quien se honre por ser hombre.

Honores á él ajenos lo enaltecen

Cual la cuna, el favor ó las riquezas,

Que del azar cual del valor son premios.

Si esos soportes tan instables caen,

El instable cariño que se apoya

En ellos también cae, y todo ello

Conjuntamente se desploma y muere.

Conmigo eso no reza. La fortuna

Y yo somos amigos. Gozo ahora

Con toda plenitud cuanto he tenido,

Si el favor de esos hombres exceptúo;

Quienes en mí, quizás, han descubierto

Algo que no merece los favores

Que á manos llenas me otorgaron antes

Tú les aquí llega. Sá lectur

Interrumpo. ¡Hola, Ulises!

ULISES. ¡Hola, insigne
Hijo de Tetis.

AQUIL. Dime, ¿qué leías?

ULISES. Esto me escribe un ente extravagante:
«Que el hombre, por dotado que se encuentre
En su exterior ó su interior, altivo
No debe pregonar sus cualidades;
Porque no puede percibir sus dotes
Sino por reflexión. Esas virtudes
Sobre otros brillan y calor les prestan;
Y, á su vez, éstos el calor devuelven
Al primitivo bienhechor.»

AQUIL. Ulises,
Eso no es nuevo. La beldad del rostro
Por el dueño ignorada, se evidencia
A ojos ajenos. Ni aun el ojo mismo,
El órgano más fino que nos sirve,
A sí propio se ve, ni de sí sale.
Mas mirándose un ojo en otro ojo
Se saludan, su forma contemplando,
Porque á nosotros mismos no nos vemos
Hasta que de nosotros no salimos
Y reflejada vemos nuestra imagen.
En eso yo no veo nada extraño.

ULISES. No recalco la tesis, que es ya vieja,
Pero sí la intención de quien escribe,
Pues ampliamente prueba que de nada
Puede ser dueño nadie en absoluto,
Aunque en sí mismo y fuera de si mismo
Mucho tuviese, mientras no divida
Con los demás sus propias cualidades.
Nunca podrá saber lo que éstas valgan

Hasta que destacadas no las vea
 Cuando tomaren cuerpo en el aplauso;
 Bóveda que el sonido repercuta,
 Puerta de acero por el sol herida,
 Que al sol devuelve su calor é imagen.
 Esto me preocupaba grandemente;
 Y vino al punto mismo á mi memoria
 El ignorado Ayax.

Y ¡vaya un hombre, cielos! Es caballo
 Que ni sabe siquiera lo que carga.
 ¡Naturaleza! ¡Cuántas cosas vemos
 Que se tienen en poco y valen mucho!
 ¡Cuántas, por otra parte, que se estiman
 Y de valor escaso! Pues mañana
 Hemos de ver. (Es cosa que la suerte
 Pone en su senda.) A Ayax con non bradía.
 ¡Oh cielos, lo que algunos hombres hacen,
 Y lo que dejan sin hacer algunos!
 ¡Cómo de la fortuna caprichosa
 En el palacio algunos se introducen
 Mientras papel de tontos otros hacen!
 La gloria de un mortal otro se come;
 Porque la gloria, envanecida, ayuna.
 ¡Son de ver estos príncipes de Grecia!
 Hoy ya pasan la mano y acarician
 A ese bruto de Ayax, cual si tuviese
 La planta sobre el pecho de Héctor puesta
 Y Troya retemblara.

QUIL. Verdad es eso. Junto á mí pasaron
 Como pasa el avaro ante el mendigo.
 Ni palabra cortés me dirigieron,
 Ni un saludo. ¿Se olvidan mis proezas?

ULISES. Camina con alforjas á la espalda

El tiempo, y mete en ellas las limosnas
 Que recogiendo va para el olvido,
 Para la ingratitud, para ese monstruo
 Gigantesco, que estima cual mendrugas
 Las heroicas proezas ya pasadas,
 Que no bien se ejecutan se devoran,
 Y que apenas se hicieron se olvidaron.
 Perseverar es lo que brillo imprime
 A nuestra fama. Lo que queda hecho
 Es la cota enmohecida que se cuelga
 Cual recuerdo irrisorio. Los instantes
 Aprovechemos, que la gloria marcha
 Por vía tan angosta, que uno solo
 Por ella puede caminar de frente.
 Ni hay que perder la senda, que mil hijos
 Tiene la envidia y en tropel os siguen.
 Si os detenéis, ó del camino recto
 Os desviáis, cual crece la marea,
 Impetuosos, todos se abalanzan
 Y á la zaga os veréis.
 Corcel caido en la primera fila,
 De retaguardia vil seréis alfombra
 Y atropellado allí, pisoteado.
 Y lo que luego de presente hagan,
 Aunque no iguale á lo que vos hicisteis,
 Lo eclipsará; que el mundo es como el huésped.
 Que apenas da la mano al que se ausenta,
 Y, como si volara, abre los brazos
 Para coger á quien se acerca en ellos.
 Para las bienvenidas las sonrisas,
 Para las despedidas los suspiros.
 ¡Oh! pretender el mérito no debe
 Por lo que un tiempo fué premio ninguno,

Porque ingenio, belleza,
 Alta cuna, vigor, merecimientos,
 El amor, la amistad, la tolerancia,
 Cualidades son todas que dependen
 De la envidia y calumnias de este mundo.
 De la naturaleza un solo rasgo
 En prójimo convierte al mundo entero.
 Todos con voz unánime celebran
 Noveles fruslerías, aunque fueren
 Batidas en los moldes del pasado.
 Y ensalzan más al polvo que se dora
 Que al oro que se empolva levemente.
 Para los ojos de lo actual, encomios
 Merece lo actüal. Por eso mismo,
 Hombre grande y perfecto, no te asombre
 Que á Ajax los griegos príncipes aplaudan,
 Pues se percibe más lo que se mueve
 Que lo que está en reposo. Te aclamaron
 En otro tiempo á ti. Te aclamarían
 Ahora también. Tornaran á aclamarte
 Si no quisieras sepultarte vivo
 Y en esa tienda encajonar tu fama;
 Tú, que hace tiempo en estos mismos campos
 Con tus gloriosos hechos provocaste
 Entre los altos dioses la discordia
 Y al gran Marte indujiste á rebeldia.

AQUIL. De mi abstención son grandes los motivos.

ULISES. Mas los motivos para no abstenerte
 Aun más heroicos son y poderosos.
 De una hija de Príamo prendado
 Se sabe estás, Aquiles.

AQUIL. ¡Ah! ¿Se sabe?

ULISES. ¿Acaso es maravilla?

La activa previsión de todo Estado
 Conoce cuántos granos atesora.
 De oro Plutón. Abismos increíbles
 Sondea y adivina pensamientos,
 Y en su callada cuna los descubre
 Como los dioses casi. Fuerza oculta,
 Que no se atreve á descubrir la historia,
 Hay en el alma de un Estado, y tiene
 Más divinal poder del que es posible
 Exprese la palabra ni la pluma.
 Lo que tú hiciste con respecto á Troya
 Tan es nuestro cual tuyo, y cuadraría
 Mejor á Aquiles que venciera á un Héctor
 Que á Polixena. Y Pirro, que en sus lares
 Ahora está, con dolor oirá sin duda
 Resonar la trompeta de la fama
 En nuestras islas, y á doncellas griegas
 Estas palabras entonar bailando:
 «Vence de Héctor Aquiles á la hermana,
 A Héctor Ajax con fuerza sobrehumana.»
 Pásalo bien. Yo te hablo como amigo.
 A un necio deslizarse dejarías
 Por hielo que romper tú deberías.

(Vase.)

PATR. Te aconsejo del propio modo, Aquiles.
 Es la mujer impiúlica y hombruna
 Despreciable, cual hombre afeminado
 Lo es en tiempos de acción. A mí me tachan.
 Piensan que el no gustarme á mí la guerra,
 Y la gran amistad que á mí me tienes,
 Es lo que te refrena de este modo.
 Hermano, despabilate. Cupido,

Cual caprichoso débil, de tu cuello
 Verás que afloja el amoroso lazo,
 Que, cual si fuese gota de rocío
 En la melena de un león, sacude.

AQUIL. ¿Ayax con Héctor lucha?

PATR. Si por cierto,

Y alta gloria tal vez de ello recabe.

AQUIL. Es mi reputación la que peligra,
 Y herida está mi fama gravemente.

PATR. Guárdate, pues; que heridas semejantes
 Que uno á sí mismo infiere, mal se curan.
 El dejar de cumplir lo que debemos
 Es orden dar de que en el mismo blanco
 Del peligro nos hieran, y el peligro,
 Sutil cual calentura, nos invade
 Aunque estenios tomando el sol ociosos.

AQUIL. Patroclo amigo, llámame á Tersites.
 Busque el bufón á Ayax, y que le ruegue
 Que, al terminar la lucha, á los Troyanos
 Nobles invite á verme aquí sin armas.
 Deseo femenil, fiero apetito
 Tengo de verme yo con el gran Héctor
 Traje de paz vistiéndose, de hablarle,
 Y cara á cara contemplar su rostro
 A mi satisfacción. Trabajo ahorrado.

Entra TERSITES.

TERS.—¡Maravilla!

AQUIL.—¿Qué?

TERS.—Ayax pasea el campo arriba y abajo, buscán-
 dose á sí mismo.

AQUIL.—¿Cómo es eso?



TERS.—Lucha mañana con Héctor en singular combate, y la heroica paliza que va á dar tan proféticamente lo enorgullece, que en silencio desbarra.

AQUIL.—¿Cómo puede ser eso?

TERS.—¡Vaya! Se pavonea como pavo real. Un paso y una parada. Rumia como posadera que no tiene más aritmética que sus sesos para sumar la cuenta. Se muere de el labio con prudente consideración, como si dijera: «En esta cabeza hay talento, pero no sale.» Y lo hay; pero yace allí tan yerto como el fuego en la piedra de chispas, y no aparece sino á fuerza de golpes. Perdido está el hombre para siempre. Si Héctor no lo revienta en el combate, reventará de orgullo. Ni me conoce. Dijele: «Buenos días, Ayax», y me replicó: «Gracias, Agamenón.» ¿Qué pensáis de un hombre que me toma á mí por el general? Se ha convertido en pez terrestre, en sér sin nombre, en monstruo. Baldón de la fama; pues puede llevarse, como justillo de cuero, al derecho ó al revés.

AQUIL.—Tienes que ser mi embajador para con él, Tersites.

TERS.—¡Quién! ¡Yo? Pues si no contesta á nadie. No se cuida de dar respuestas. El hablar es para los mendigos. Lleva la lengua en sus brazos. Os lo representaré. Que me haga preguntas Patroclo, y veréis la imagen de Ayax.

AQUIL.—A ello, Patroclo. Dile que humildemente deseo que el valiente Ayax invite al valerosísimo Héctor á que venga desarmado á mi tienda, y que procure salvoconducto para su persona del magnánimo é ilustrísimo seiscientas ó setecientas veces excelentísimo Capitán general del ejército griego, Agamenón. Hazlo.

PATR.—Jove bendiga al gran Ayax.

TERS.—¡Oh!

PATR.—Vengo de parte del digno Aquiles.

TERS.—¡Ah!

PATR.—Quien humildemente desea que invites á Héctor á su tienda.....

TERS.—¡Oh!

PATR.—Y que procure salvoconducto de Agamenón.

TERS.—¡Agamenón!

PATR.—¿Qué contestas?

TERS.—Dios te guarde. Con toda el alma.

PATR.—Tu respuesta.

TERS.—Si mañana hace buen tiempo, á las once será ó lo uno ó lo otro. Sin embargo, antes que me coja me lo pagará.

PATR.—Tu respuesta.

TERS.—Dios te guarde. Con toda el alma.

AQUIL.—Vamos. ¿Está así, en este templo?

TERS.—No. Está destemplado así. Cuál será la música que en el subsista cuando Héctor le haya vaciado los sesos, no lo sé; pero creeré que ninguna, á no ser que el violinista Apolo se apodere de sus nervios para convertirlos en cuerdas.

AQUIL.—Ven aquí. Tienes que llevarle una carta en seguida.

TERS.—Dame otra para su caballo, porque ése es el animal más inteligente de los dos.

AQUIL. Mi alma está como fuente perturbada,

Y ni yo puedo distinguir su fondo.

(Vanse Aquiles y Patroclo.)

TERS.—¡Ojalá que la fuente de tu alma se aclare otra vez para abreviar en ella á un burro! Antes sería yo garrapata de carnero que necio tan animoso.

ACTO CUARTO.

ESCOENA PRIMERA.

Troya. Una calle.

Entran, de una parte ENEAS y un sirviente con antorcha, y de la otra PARIS, DEIFOBO, ANTEONOR, DIOMEDES y otros con antorchas.

PARIS. ¡Hola! ¿Quién va? ¿quién es?

DEIF. El noble Eneas.

ENEAS. ¿Es el príncipe mismo? Si tuviese
Las razones que tú, príncipe Paris,
Para no madrugar, sólo un mandato
Del cielo privaría de compaña
A la que de mi lecho participa.

DIOM. Lo mismo digo. ¡Salve, noble Eneas!

PARIS. Valiente el Griego es. Dale tu mano,
Eneas. Lo atestigua tu lenguaje
Al decir que en el campo una semana
Acosado te tuvo cada día.

ENEAS. Salud á ti, valiente, mientras dure
La pacífica tregua; pero luego
Que te halle armado, el reto más sombrío
Que el alma piense y que el valor imponga.

- Dióm. Alas cosas Diómedes acepta :
 En calma hoy nuestra sangre, te saludo;
 Pero al luchar, como ocasión tuviere,
 ¡Vive Jove! que á caza de tu vida
 Iré con el valor, con la constancia
 Y con toda la astucia que posea.
- Eneas. Y lucharás con un león que huye
 Volviéndote la cara. Bienvenido,
 No obstante, á Troya. ¡Por la vida misma
 De Anquises, bienvenido! ¡Por la mano
 De Venus te lo juro! Sér viviente
 Ninguno puede amar con más cariño
 A lo que dar la muerte se propone.
- Dióm. Simpatizanlos. ¡Jove! Viva Eneas
 Mil carreras del sol si de mi espada
 Su término fatal gloria no fuere;
 Mas si acrece mi honor mañana mismo,
 Que muera herido en cada coyuntura.
- Eneas. Nos conocemos bien.
- Dióm. Y peor descamos conocernos.
- Paris. ¡Cuán cordia'mente hostil es el saludo!
 Olio más cariñoso nunca he visto.
 ¿Qué asunto os trae, señor, tan de mañana?
- Eneas. Me ordena el Rey venir. La causa ignoro.
- Paris. Pues esto se propone. Que conduzcas
 A la casa de Calcas á este Griego;
 Y que por Autenor, que queda libre,
 Allí le den á Crésida la bella.
 Ven con nosotros, ó, si más te place,
 Precédenos y véte de seguida.
 Me parece, ó más bien sé con fijeza
 Que ha pernoctado allí mi hermano Troilo.
 Despiértalo, y que sepa que allí vamos,

Y cuáles son las causas. Yo me temo
Que nos vamos á ver mal recibidos.

ENEAS. De seguro. Mejor quisiera Troilo
Que se llevaran á la Grecia á Troya,
Que á Crésida de Troya se llevaran.

PARÍS. Pues no hay remedio alguno. Así lo exige
Cruel necesidad. Vé tú delante.
Te seguiremos.

ENEAS. Buenos días todos.

(Vase con el sirviente.)

PARÍS. Dime, noble Diómedes, te ruego;
Háblame con franqueza, cual si hablaras
De un caro compañero al alma misma.
¿Quién á la bella Helena más merece,
Dimelo tú, yo propio ó Menelao?

DIÓM. Ambos, y por igual. Él, que la busca,
Conseguirla merece, pues sus tachas,
Y este infierno de angustias que ha causado
Y este mundo de esfuerzos no le importan;
Y conservarla, tú, que la defiendes
Sin que te hiera el paladar su oprobio,
Ni costo tal de amigos y riquezas.
Él, cornudo llorón, se bebería
Las heces de un licor evaporado;
Tú, seductor, entrañas meretrices
Buscas para engendrar quienes te hereden.
Si los méritos vuestros hoy se pesan,
Pesarán lo que pesen, cosa es llana,
Sumándose con una cortesana.

PARÍS. Harto cruel con tus paisanos eres.

DIÓM. Harto cruel para su patria es ella.
Oye, París. Por cada impura gota

De sangre que en sus torpes venas fluye,
 La existencia de un Griego ha sucumbido.
 Por cada adarme de su carne inmunda,
 Muerto un Troyano fué. Desde que habla,
 Menos buenas palabras ha gastado
 Que Griegos y Troyanos ha matado.

PARIS. Diómedes, tú cual comprador te portas
 Al rebajar lo que comprar deseas;
 Pero, en cambio, nosotros en silencio
 Distinto plan seguimos, y alabamos
 Tan sólo aquello que vender ansiamos.
 Nuestro camino es éste. (Vanse.)

ESCENA II.

Troya. Patio de la casa de Pándaro.

Entran TROILO y CRÉSIDA.

TROILO. No te molestes, prenda. La mañana
 Está fría.

CRÉS. Querido, en ese caso
 Avisaré que, para abrir la puerta,
 Mi tío venga aquí.

TROILO. No lo incomodes.

¡Al lecho! ¡al lecho! y á esos lindos ojos
 El sueño apague y á tu sér le preste
 El plácido desmayo de la infancia
 De todo pensamiento desprovisto.

CRÉS. Buenos días, entonces.

TROILO. Vete al lecho,

CRÉS. ¿De mi cansado estás?

TROILO. Crésida bella,

A no ser porque el día diligente,
Que con su canto despertó la alondra,
Despabilá á los grajos vocingleros,
Y ya no puede la callada noche
Por más tiempo ocultar nuestra ventura,
No me separaría de tu lado.

CRÉS. Corta la noche fué.

TROILO. Bruja maldita,

Con el sér pernicioso se detiene
Con pereza infernal, pero con alas
Ligeras como el mismo pensamiento
De los abrazos amorosos vuela.
Te vas á acatarrar y á maldecirme.

CRÉS. Espera. ¡Que estos hombres nunca esperen!
Necia Crésida. Hubiera resistido,
Y entonces puede ser que te esperaras.
Oye. Alguno se mueve.

PÁND. (Dentro.) ¡Cómol! ¿abiertas
Están las puertas todas?

TROILO. Es tu tío.

CRÉS. Malhaya. De seguro va á burlarse.
¡Que vida me va á dar!

Entra PÁNDARO.

PÁND. — ¡Hola! ¡hola! ¿Cómo van virginidades? Oye tú, doncella, ¿dónde está mi sobrina Crésida?

CRÉS. ¡Que te ahorquen! Burlón, pícaro tío.

A ello me induces, y después te burlas.

PÁND.— ¡A qué te induzco? ¡A qué te induzco? Que diga á que la induzco yo.

CRÉS. ¡Por vida de....! ni bueno fuiste nunca,
Ni dejarás que los demás lo sean.

PÁND.—¡Ay, ay, pobrecilla! ¡Ay, pobre Capochía!
¿No ha dormido esta noche? ¿No quiso—mal sujeto—
que durmiera? Que se lo lleve el bu.

CRÉS. ¿No te lo dije yo? (Llaman á la puerta.)

 ¡Que esos porrazos
No se los dieran á él en la cabeza!
¿Quién á la puerta está? Vé á verlo, tío.—
Dueño amado, tú vuélvete á mi alcoba.
Te ríes y te burlas porque entiendes
Que pienso mal.

PÁND. ¡Ja, ja!

CRÉS. Te equivocaste.

No he pensado en tal cosa.

(Llaman á la puerta.)

 ¡Cómo llaman!
Hazme el favor de entrar, que no quisiera
Que aquí te hallaran ni por media Troya

(Vanse Troilo y Crésida.)

PÁND.—(Yendo hacia la puerta.) ¿Quién es? ¿Qué o u-
rre? Vais á echar la puerta abajo. Vamos á ver. ¿Qué
ocurre?

Entra ENEAS.

ENEAS. Buenos días, señor. Muy buenos días.

PÁND. ¿Quién es? Eneas. Por mi fe te juro
Que no te conocí. Tan de mañana,
¿Qué novedad...?

ENEAS. ¿Aquí no se halla Troilo?

PÁND. ¿Aquí? ¿Qué asunto aquí puede traerlo?

ENEAS. ¡Vamos! Aquí se halla. No lo niegues;
Que es de gran importancia el que lo vea.

PÁND.—Dices que aquí se halla; pues es más, te lo juro, de lo que yo sabía. En cuanto á mí, anoche recogíme tarde. ¿Qué puede traerlo aquí?

ENEAS.—¿Qué? Pues nada. Vamos, vamos. Daño le vas á hacer sin darte cuenta de ello. A fuerza de serle jeal, le vas á hacer traición. Nada sabes acerca de él. Corriente; pero vete y tráelo aquí. Anda.

Al salir Pándaro, vuelve á entrar TROILO.

TROILO. ¡Vamos á ver! ¿Qué ocurre?

ENEAS. Ni siquiera

Tiempo tengo, señor, de saludarte.

Urgente el caso es. Tu hermano Paris

Y Deifobo vienen con el griego

Diómedes, y á más el rescatado

Antenor, por quien debe confiarse,

Antes del rito matinal, ahora,

A Diómedes Crésida. Convenio

Aceptado por Príamo y por todos,

Los del Consejo general de Troya,

Y ahí vienen ya para llevarlo á cabo

TROILO. ¡La esperanza de mí cómo se burla!

Yo los iré á encontrar.... y, noble Eneas,

El verme fué casual. No me encontraste.

ENEAS. Está bien, está bien, príncipe mío.

De la naturaleza los secretos

No son más taciturnos que yo propio.

(Vanse Troilo y Eneas.)

PÁND.— ¡Es posible! ¡Apenas ganada, perdida! Llévese el diablo á Antenor. Va á enloquecer el príncipe. ¡Mala peste en Antenor! ¡Que no le hubieran roto la crisma!

Entra CRÉSIDA.

CRÉS.— ¡Vamos! ¡Qué pasa? ¡Quién estuvo aquí?

PÁND.— ¡Ay! ¡ay!

CRÉS.— ¿Por qué suspiras tan profundamente? ¿Dónde está mi dueño? ¿Se ha ido? Dime, querido tío, ¿qué ocurre?

PÁND.— ¡Ojalá estuviera yo bajo tierra lo que sobre ella estoy!

CRÉS.— ¡Dioses justos! ¡Qué ocurre?

PÁND.— Entra, te ruego. ¡Ojalá que no hubieras nacido! Bien sabía yo que serías causa de su perdición. ¡Pobre caballero! ¡Mala peste en Antenor!

CRÉS.— Querido tío, de rodillas te pido que me digas qué ocurre.

PÁND.— Tienes que irte, muchacha. Tienes que irte. Te han canjeado por Antenor. Tienes que irte con tu padre y separarte de Troilo, lo que será causa de su muerte, de su ruina. No lo podrá soportar.

CRÉS.— ¡Oh dioses inmortales! No me muevo.

PÁND.— Es necesario.

CRÉS.— No me voy, tío. Ya olvidé á mi padre;

No reconozco lazo de familia,
Ni hay pariente, cariño, sangre ó alma
De mí tan cerca cual mi dulce Troilo.
Que la corona, ¡oh dioses inmortales!
De la infidelidad remate el nombre
De Crésida si á Troilo abandonara.

Tiempo, violencias, muerte, á vuestro antojo
 En este cuerpo débil extremaos;
 Mas de mi amor la base y edificio
 Es como el centro de la tierra misma:
 Atrae cuanto existe. Voyme adentro
 A llorar.

PÁND. Hazlo, hazlo.

CRÉS. A arrancar mi brillante cabellera;
 A arañar mis mejillas celebradas;
 A enronquecer mi voz con mis sollozos,
 Y á destrozarme el corazón, gimiendo
 Dé Troilo el nombre. No me voy de Troya.

(Vase.)

ESCENA III.

Troya. Calle ante la casa de Pándaro.

Entran PARIS, TROILO, ENEAS, DEÍFORO,
 ANTENOR y DIÓMEDES.

PARIS. Hay claridad, y la hora prefijada
 Para entregarla á tan valiente Griego
 Ya se acerca. Querido hermano Troilo,
 Dile á la dama lo qué hacer le toca
 Y que prisa se dé.

TROILO. Ven á su casa.

Yo se la entregaré después al Griego;
 Y cuando á su custodia se la entregue,
 Júzgala altar, y que tu hermano Troilo
 Allí, cual sacerdote, sacrifica
 Su propio corazón.

PARIS. Bien sé lo que es amor, y así pudiera,
Como te compadeczo, darte ayuda.
Entraremos, señores, si os parece.

ESCENA IV.

Troya. Habitación en casa de Pándaro.

Entran PÁNDARO y CRÉSIDA.

PÁND. Moderación, moderación te pido.
CRÉS. ¿Y de moderación á qué me hablas?
Agudo es mi dolor, grande y perfecto,
Y con violencia igual se patentiza
Que aquello que lo causa; moderarme
¿Cómo me es dado á mí? Si yo pudiera
Mi cariño anular, ó cual inerte
É insípido licor paladearlo,
De modo igual mi pena acallaría.
Mas ni mi amor admite atemperante,
Ni mi dolor en caso semejante.

PÁND. Aquí, aquí, aquí viene.

Entra TROILO.

TROILO.—¡Tórtola mía!

CRÉS.—¡Ay, Troilo, Troilo! (Abrazándolo.)

PÁND.—¡Qué espectáculo! Yo os abrazaré también.

¡Oh corazón! como se dice en esa linda balada.

¡Oh corazón! ¡Oh corazón herido!

¿Cómo gimes así sin estallar?

Y él responde:

Porque ni la amistad ha conseguido,
Ni la palabra, mi dolor curar.

Nunca se ha dicho verdad mayor en verso. No lo echemos en saco roto, porque podemos vivir lo bastante para necesitar esos versos. A la vista está. A la vista está. ¡Cómo va, corderillo?

TROILO. Es tan acrisolada la pureza,
Crésida, de mi amor, que se diría
Que los benditos dioses, enojados
De mi cariño, cuyo fuego luce
Más que la devoción que labios yertos
Les exhala, de ti privarme quieren.

CRÉS. ¿Tienen los dioses, por ventura, envidia?

TROILO. Sí, sí; sí, sí. Patente está la prueba.

CRÉS. ¿Pero es verdad que he de dejar á Troya?

TROILO. ¡Cruel verdad!

CRÉS. ¿Pero también á Troilo?

TROILO. A Troya y Troilo, sí.

CRÉS. ¿Será posible?

TROILO. Y en este instante, sí; la suerte airada

Ni aun deja despedirnos. Bruscamente
Las reflexiones nuestras atropella,
Roba cruel la réplica á los labios,
Nuestros abrazos múltiples ataja,
Nuestros votos carísimos sofoca
Antes que nuestro aliento trabajado
Los pueda dar á la luz. Nos es forzoso
A los dos, que con miles de suspiros
Nos compramos, vendernos pobemente
Por la rudeza y brevedad de uno.

Ahora el inicuo tiempo, con la prisa
Del ladrón, el tesoro que ha robado
Va atropelladamente recogiendo.

Y adioses numerosos como estrellas,
 Esos cielos tachonan, y las frases,
 Y los besos que unírseles debieron,
 Para formar uno no más apila,
 Y adietarnos pretende con tan sólo
 Un famélico beso, que estropean
 Las lágrimas amargas que vertemos.

ENEAS. (Dentro.)

¿Pronta, Señor, está la dama?

TROILO.

Escucha.

Te llaman ya. Se dice que le grita
 «Ven», á aquél que morir debe al instante.
 El genio de la muerte. (A Pándaro)

Que paciencia

Tengan responde tú. Que irá al momento.

PÁND.—¿Dónde estáis, lágrimas mías? Lloved para
 que amaine este huracán, ó arrancará de raíz mi corazón.

CRÉS. ¿Con los Griegos ir yo será forzoso?

TROILO. Sin remedio.

CRÉS. Seré, Crésida triste,
 De alegres Griegos rodeada. ¿Cuándo
 Nos volvemos á ver?

TROILO. Oye, amor mío.

Constante siempre sé.

CRÉS. ¡Constante! ¿Cómo?
 ¡Qué duda tan cruel!

TROILO. ¡Ah, sí! precisa
 Acallar los recelos, que el instante
 De separarnos es.
 «Constante siempre sé» no te decía
 Porque de ti dudara, que á la muerte
 Arrojaré mi guante, sosteniendo
 Que inmaculado corazón te anima.

«Constante siempre sé» sólo te dije
 Cual principio no más de una promesa.
 Constante siempre sé, que yo iré á verte.

CRÉS. ¡Oh! te vas á exponer, querido dueño,
 A inminentes y múltiples peligros;
 Mas yo seré constante.

TROILO. Y á mí con el peligro estrecho lazo
 De amistad me unirá. Usa esta manga.

CRÉS. Y tú este guante. ¿Cuándo vuelvo á verte?

TROILO. Sobornando á los griegos centinelas
 De noche te veré. Mas sé constante.

CRÉS. ¡Oh cielos! Sé constante me repites.

TROILO. Dulce prenda, oye tú por qué lo digo.
 Adornan á los jóvenes de Grecia
 Prendas mil. Son galantes, bien dotados
 Por la naturaleza, y se desborda
 La educación y habilidad en ellos.
 Cómo la novedad y su apostura
 Impresionarte pueden (jah! celosos
 Hasta los Dioses son, y te suplico
 Que virtud consideres mi pecado),
 Me hace temblar.

CRÉS. ¡Ay cielos! No me quieres.

TROILO. Si fuese así, como villano muera.
 De tu lealtad no dudo, pero dudo
 De mis merecimientos. Yo no canto,
 Ni sé triscar en animosa danza,
 Ni almibaro mis frases, ni soy ducho
 En juegos ingeniosos, cualidades
 Dignas de aprecio todas, y que adornan
 Grandemente á los Griegos; pero estimo
 Que en cada gracia de éstas, un demonio,
 Mudo orador, inadvertido habita

Que tienta astuto; pero no te dejes
Tú seducir.

CRÉS. ¿Posible en mí lo juzgas?

TROILO. No; pero, á veces, lo que no queremos
Se suele hacer, y con nosotros mismos
Somos genios del mal en ocasiones,
Nuestra debilidad poniendo á prueba,
Su frágil condición desconociendo.

ENEAS. (Dentro.) Pero, señor.

TROILO. ¡Ea! Dame un beso y vete.

PARÍS. (Dentro.) ¡Hermano Troilo!

TROILO. Ven, querido hermano,
Y que Eneas y el Griego te acompañen.

CRÉS. Y tú, ¿serás constante, dueño mío?

TROILO. ¿Quién? ¡Yo? ¡Triste de mí! mi vicio es ése;
Es mi defecto. Mientras otros buscan
Con astucia renombre, mera estima
Es lo que yo con la verdad recojo.
Mientras, arteros otros, sus monedas
De cobre doran, sin doblez, sin arte
Gasto las mías. De mi fe no dudes.
Es de mi alma condición precisa
Ser veraz y leal. Es mi divisa.

Entran ENEAS, PARÍS, ANTENOR, DEIFOBÓ
y DIÓMEDES.

Bienvenido, Diómedes. A trueque
De Antenor te entregamos esta dama.
La dejaré en tus manos á la puerta
De la ciudad; y caminando, quiero
Revelarte quién es. Respetuoso

Trátala tú, que por el alma mía
 Te juro, noble Griego, que, si acaso
 De mi espada á merced á verte llegas
 Y nombrases á Crésida, tu vida
 Estará tan á salvo, como á salvo
 Priamo tiene en Ilión la suya.

DIÓM. Ahorrar puedes las gracias, si te place,
 A este príncipe, Crésida la bella.
 El brillo de tus ojos y ese rostro
 De cielo, que te traten bien reclaman,
 Y de Diómedes tú serás señora
 Y le puedes mandar cual se te antoje.

TROILO. Poco cortés es tu conducta, Griego,
 De mi súplica el celo rebajando
 Al alabarla á ella. Yo te digo,
 Griego señor, que se halla tan por cima
 De tus celebraciones, como eres
 Indigno tú de ser sirviente suyo.
 Te recomiendo á ti que bien la trates.
 Es un encargo mío. Si es que faltas,
 ¡Voto al fiero Plutón! que aunque te escude
 El gigantón Aquiles, te degüello.

DIÓM. ¡Oh! no te enojes, no, príncipe Troilo.
 Déjame el privilegio de mi cargo
 Y lugar de expresarme libremente.
 Fuera de aquí contestaré á tu gusto.
 Sabrás que por encargo no hago nada;
 Atendida será por lo que vale,
 Pero como tu voz «chazlos» me diga,
 «No» á responder mi dignidad me obliga.

TROILO. Partamos, y, Diómedes, escucha:
 Te obligara tal vez tanta guapeza
 A esconder muchas veces tu cabeza,

Dame tu mano, y conversar opinó
De nosotros no más por el camino.

(Vanse Troilo, Crésida y Diómedes.)

(Clarines.)

PARIS. Oid. De Héctor la trompeta es ésa.

ENEAS. ¡Qué manera de irse la mañana!
El Príncipe creerá que olvidadizo
É inexacto soy yo, pues que convine
Con él ir cabalgando al campamento.

PARIS. Es de Troilo la culpa. ¡Vamos! ¡vamos
Al campamento!

DEIF. Vamos de seguida.

ENEAS. Sí; con la prontitud del desposado
De Héctor pisaremos los talones,
Que de Troya la fama está pendiente
De su vigor y corazón valiente.

(Vanse.)

ESCENA V.

El campamento griego. Palenque preparado.

Entran AYAX, armado, AGAMENÓN, AQUILES,
PATROCLO, MENELAO, ULISES, NÉSTOR
y otros.

AGAM. Pronto y cual bueno acudes á la cita,
Antes de tiempo, con viril coraje.
A Troya, fiero Ajax, aguda nota
De tu clarín aturda, y que penetre,
Estremeciendo el aire, en el cerebro

Del gran combatidor y aquí lo traiga.

Ayax. Allá va, trompetero, mi bolsillo;
Revienta esos pulmones. Tu trompeta
De bronce añicos haz. Villano, sopla,
Y en esfera transforma tus mejillas,
Al inflado Aquilón sobrepujando.

¡Vamos! Ensancha el pecho, y que tus ojos
Manen sangre. Por Héctor trompeteas.

(Suena el clarin.)

ULISES. No contestan.

AQUIL. Temprano es todavía.

AGAM. Con la hija de Calcas, dí, ¿no es ése
Diómedes?

ULISES. El mismo. Bien conozco
Su manera de andar. Sobre la punta
De sus pies se levanta, de la tierra
Aspirando su espíritu á elevarse.

Entran DIÓMEDES y CRÉSIDA.

AGAM. ¿Crésida es ésta?

DIÓM. Sí.

AGAM. Muy bienvenida
Al campamento griego, bella dama. (La besa.)

NÉST. Al saludarte el General, te besa.

ULISES. Pero es particular el cumplimiento;
Besarla en general mejor sería.

NÉST. Cortés es la ocurrencia. Yo principio. (La besa.)
Cumplió ya Néstor,

AQUIL. Quiero de tus labios
Ese invierno quitar, bella señora. (La besa.)
Aquiles te saluda.

- MEN. En otra fecha
Para besar buen argumento tuve.
- PATR. Mas hoy tal argumento no te sirve,
Porque audaz, Paris en fatal momento
Así te separó de tu argumento. (La besa.)
- ULISES. El origen del mal que nos devora
¡Los cuernos él con nuestras vida dora!
- PATR. Por Menelao fueron mis extremos.
Ahora besa Patroclo. (La vuelve á besar.)
- MEN. ¡Lindo lance!
- PATR. Paris y yo por él besar solemos.
- MEN. Mi beso he de tomar á todo trance.
Con permiso, señora.
- CRÉS. Cuando besas,
¿Tomas ó das?
- MEN. Que tomo al dar arguyo.
- CRÉS. Yo trato de lucrar en mis empresas.
Mi beso tiene más valor que el tuyo.
Nada de beso, pues.
- MEN. Mejoro el trato.
Te dare tres por uno.
- CRÉS. ¡Mentecato!
- ¿Porque no tienes par, pagas con nones?
- MEN. ¿Señora, de sin par á mí me pones?
El más noble lo es.
- CRÉS. Sin par te creo,
Al par que á Paris con pareja veo.
- MEN. Me das en la cabeza.
- CRÉS. ¡Qué dislate!
Juro que no.
- ULISES. Perdieran en vil hora
Tus uñas con sus cuernos en combate.
¿Puedo un beso pedir, bella señora?

CRÉS. Puedes pedirlo.

ULISES. El alma lo requiere.

CRÉS. Reclámalo.

ULISES. Por Venus, cuando Elena
Torne á la doncellez y suya fuere.

(Señalando á Menelao.)

CRÉS. Pagar al vencimiento no me apena,
Y quedo mientras tanto tu deudora.

ULISES. Pues evidentemente, según eso,
A largo plazo cobraré mi beso.

DIÓM. A vuestro padre os llevaré, señora.

(Vase con Crésida.)

NÉST. Mujer de claro ingenio.

ULISES. Sin vergüenza.

Sus mejillas, sus ojos y sus labios
Lenguaje tienen. Aun su pie declama.
Libidinoso espíritu se asoma
Por cada coyuntura de su cuerpo.
A esas incitadoras tan locuaces,
Qué antes de tiempo dan la bienvenida
Y qué á cualquier lector incontinenti
De par en par las tablas le presentan
Donde escritos están sus pensamientos,
Considerar se deben presa impura
De la ocasión no más: hijas del goce.

(Clarín.)

TODOS. El troyano clarín.

AGAM. Su gente ahí llega.

Entran HÉCTOR, armado, ENEAS, TROILO y otros Troyanos
con acompañamiento.

ENEAS. Saludo á todos. Príncipes de Grecia,
¿Qué haréis con quien consiga la victoria?
¿Se debe, acaso, proclamar su triunfo?
¿Debe seguir hasta su fin la lucha,
Ó á la primera voz y orden, del campo
Se deben separar? Héctor me pide
Preguntároslo.

AQAM. Héctor, ¿qué desea?

ENEAS. Le es igual. Vuestras órdenes acata.

AQUIL. Cual Héctor obra, sin pensar en ello.
Con alguna altivez, y desdeñoso
Tratando á su rival.

ENEAS. Si, por ventura,
No eres Aquiles tú, ¿cuál es tu nombre?

AQUIL. Aquiles soy, ó nadie.

ENEAS. Luego Aquiles.

Mas seas lo que seas, esto escucha:
Extremos de lo grande y de lo exiguo
Son el valor y la soberbia en Héctor.
Lo uno tan infinito como todo,
Y lo otro tan nulo como nada.
Pésalo bien. Es lo que orgullo juzgas
Cortesía no más. De Ajax la sangre
Es de Héctor por mitad. Por tal motivo,
De Héctor una mitad se queda en Troya;
Y con medio valor y medias fuerzas
De Héctor la otra mitad en busca viene
De ese noble mestizo veterano,

Que mitad Griego es, mitad Troyano.

AQUIL. Una lucha de damas. Ya lo entiendo.

Vuelve á entrar DIÓMEDES.

AGAM. Aquí viene Diómedes. Padrino
Eres de Ajax. Dispongan tú y Eneas
De qué manera debe ser la lucha.
Si debe ser mortal ó breve encuentro.
Aun antes de luchar los combatientes,
Retraídos están por ser parientes.
(Ajax y Héctor entran en el palenque.)

ULISES. Ya en sus puestos están.

AGAM. ¿Qué Troyano es aquél tan abatido?

ULISES. Hijo menor de Príamo. Perfecto
Caballero sin par, aunque tan joven.
Hombre de su palabra y elocuente
Con hechos que su lengua no pregonara.
Difícil de ofender; pero, ofendido,
Difícil de calmar. La mano franca,
Y abierto el corazón, y lo que tiene
Da por lo tanto, y lo que piensa dice;
Pero no da sin que preceda el juicio,
Ni honra su voz impuro pensamiento.
Cual Héctor, varonil, y aun más osado,
Pues Héctor, en su furia enardecido,
Puede ceder á tierna simpatia;
Mas él en el calor de la contienda
Es aún más vengativo que los celos.
Le llaman Troilo, y sobre él erigen
Su segunda esperanza los Troyanos,
Cual sobre Héctor la fundaron antes.
Esto de él dice Eneas, quien conoce

Por pulgadas al mozo, y en privado
En la noble Ilión me lo ha descrito.

(Clarines. Héctor y Ayax luchan.)

AGAM. Luchando están.

NÉST. ¡Ayax, mantente firme!

TROILO. ¡Duermes, Héctor! ¡Despierta!

AGAM. Contundentes,

Ayax, tus golpes son. Bien.

DIÓM. Basta, basta.

(Clarines.)

ENEAS. Terminad, noble príncipe, si os place.

AYAX. Aun caliente no estoy. Continuemos.

DIÓM. Como Héctor quiera.

HÉCT. Basta, pues, entonces.

Eres tú de la hermana de mi padre,
Noble príncipe, el hijo, y de los hijos
De Príamo el insigne, primo hermano.

El vínculo de sangre que nos une
Impide entre los dos sangrienta lucha.

Si tu combinación troyana y griega
Fuera tal que dijeras, convencido,
Griega esta mano es, esta troyana,

De esta pierna los músculos son griegos,
Estos troyanos son, por mi mejilla

Corre á la diestra sangre de mi madre,
Y es de mi padre la que va á la izquierda,
Juro á Júpiter todopoderoso

Que de tu cuerpo parte griega alguna
Te dejara llevar sin que mi espada
La marca de este feudo allí estampase.

Pero los dioses justos me prohiben
Que una gota de sangre tan siquiera

Que de tu madre, mi sagrada tía,
Has heredado, vierta el hierro mío.
Dame un abrazo, Ayax. ¡Voto al que truena
Que son tus brazos fuertes! De este modo
Quiere sentirlos Héctor. Toda honra
Para ti, primo mío.

AYAX.

Gracias, Héctor.

Por demás eres noble y generoso.
Vine á matarte, primo, con tu muerte
Gran aumento de gloria asegurando.

HÉCTR.

Ni al formidable Neoptolemo mismo,
Sobre cuya cimera resplandeciente
«Miradlo», á gritos pregonó la fama,
Le es permitido imaginar que de Héctor
Lauros pueda arrancar para su gloria.

ENEAS.

El resultado esperan ambas partes.

HÉCTR.

Responderemos, pues. Es este abrazo.

Adiós, Ayax.

AYAX.

Si súplicas lograsen
Mi gusto realizar—y pocas veces
Se me presenta la ocasión—quisiera
Á nuestras griegas tiendas de campaña
Ahora invitar á mi famoso primo.

DIÓM.

Lo ruega Agamenón, y el gran Aquiles
Sin armas quiere ver al bravo Héctor.

HÉCTR.

Eneas, á mi hermano Troilo llama.
Este amistoso encuentro á los Troyanos
Que me esperan explica, y que retornen
Diles á la ciudad. Tu mano, primo.
Contigo comeré, y á tus guerreros
Saludar me propongo.

AYAX.

Aquí se acerca

El gran Agamenón.

- Héct. Dirásme el nombre
De cada uno de los más famosos.
A Aquiles conocer cosa es segura,
Por su porte marcial y su estatura.
- AGAM. Guerrero digno de ceñir espada,
Tan bien venido aquí cual quien pudiera
Librarnos de enemigo semejante.
Mas no doy cual debí la bienvenida.
Me explicaré mejor. Lo ya pasado,
Lo que reserva el porvenir, encubre
El hollejo sin forma del olvido;
Pero en este momento, sin ambages
Sinceros y amistosos, inspirados
En divinal integridad, gran Héctor,
Todos los corazones se apresuran
A darte, de verdad, la bienvenida.
- Héct. Egregio Agamenón, te doy las gracias.
- AGAM. (A Troilo.) Troyano ilustre, á ti digo lo propio.
- MEN. Ese saludo de mi noble hermano
Dejadme confirmar, noble pareja
De béticos hermanos. Bien venidos.
- Héct. ¿A quién respondo?
- ENEAS. Al noble Menelao.
- Héct. ¡Oh, señor! ¿Eres tú? Por la manopla
De Marte, muchas gracias. No te rias
Porque tan raro juramento emplee,
Pues tu *quondam* esposa sólo jura
Por el guante de Venus. Bien se halla,
Mas para ti no me encargó memorias.
- MEN. No me la nombres, que es mortal el tema.
- Héct. Si he ofendido, perdón.
- NÉST. Muchas veces te vi, noble Troyano,
A la Parca sirviendo, tu camiuo

Abrirte con furor entre las filas
 De griega juventud, otro Perseo,
 Frigio corcel activo espoleando,
 Desdeñar muchas vidas y victorias,
 Y en el aire pender tu enhiesta espada
 A fin de no ofender á los vencidos;
 Y á quienes junto tuve, dije entonces:
 «Á Júpiter mirad dando la vida.»
 Y tranquilo te vi tomar aliento,
 De Griegos un tropel al rodearte,
 Cual luchador olímpico. Lo he visto;
 Mas tu rostro, que el hierro recataba,
 Observo ahora. Conocí á tu abuelo;
 Luché una vez con él; era un soldado;
 Mas ¡voto á Marte! ni el mejor de todos
 Te iguala á ti. Permite que te abrace
 Un viejo, y que te dé la bienvenida.

ENEAS. Es el anciano Néstor.

HÉCT. Vetusto cronicón que, persistente,
 Con el tiempo caminas paso á paso,
 Déjame que te abrace; me deleita
 Tenerte asido, venerable Néstor.

NÉST. ¡Ojalá que mis brazos en la lucha
 Con estos tuyos contender pudieran
 Cual contienden contigo en cortesía!

HÉCT. ¡Ojalá!

NÉST. Juro por mi blanca barba
 Que mañana luchara yo contigo.
 Pero bien vengas. Ya pasó mi tiempo.

ULISES. Me extraña ver á esa ciudad enhiesta,
 Teniendo aquí su base y sus columnas.

HÉCT. Reconozco tu faz, señor Ulises.
 Han muerto muchos Griegos y Troyanos

Desde que con Diómedes viniste
A Ilión emisario de los Griegos.

ULISES. Y lo que iba á pasar predije entonces,
Y está á medio cumplir mi profecía;
Porque esos muros que, orgullosos, cercan
Vuestra ciudad; porque esas altas torres
Que á las nubes impúdicas halagan,
El polvo besarán.

HÉCT. Y yo lo niego.

En pie las ves, y juzgo, sin jactancia,
Que cada piedra frigia que cayere,
De sangre griega costará una gota.
El fin corona todo, y terminado
Esto será en su día por el tiempo,
El árbitro común tan conocido.

ULISES. Pues dejémoslo á él. La bienvenida,
Héctor noble y valiente, aquí te damos.
Después del general, yo deseara
Festejarte en mi tienda.

AQUIL. A mí primero
Me corresponde, Ulises. Ya mis ojos,
Héctor, en ti cebé. Ya cada parte,
Héctor, he examinado de tu cuerpo;
Ya, músculo por músculo, conozco.

HÉCT. ¿Es éste, acaso, Aquiles?

AQUIL. Soy Aquiles.

HÉCT. Párate, por favor, y que te vea.

AQUIL. Mírame á tu placer.

HÉCT. He concluido.

AQUIL. Pronto despachas tú. Por vez segunda,
Cual si á comprarte fuera, quiero verte.

HÉCT. ¡Oh! me vas á leer como si fuera
Entretenido libro; pero dentro

A

H

A

H

Ay

TC

De mí se encierra más de lo que juzgas.

¿Por qué razón me oprimes con tus ojos?

AQUIL. ¡Cielos, decid la parte que me toca
De su cuerpo ofender! ¡Decid si el sitio
Es éste, aquél ó el otro, para darle
Nombre á mi herida, y para hacer patente
La brecha por la cual del noble Héctor
El espíritu huirá! ¡Cielos, decidlo!

HÉCT. Oprobio fuera en los benditos dioses
A tal pregunta responder. Contente.
¿Coger mi vida juzgas tú tan fácil,
Como para indicar el sitio exacto:
Donde herida mortal vas á inferirme?

AQUIL. Te contesto que sí.

HÉCT. Pues aunque fueras
Un oráculo tú, no te ríría;
En adelante, cuídate. Matarte
No pienso en este, aquel ó el otro sitio;
Mas, ¡por la fragua que de Marte el casco
Templó! te he de matar el cuerpo todo:
Completamente, sí.—Discretos Griegos,
Perdonad mi jactancia. Su insolencia
Arranca necesidades de mis labios;
Mas trataré que con mis frases cuadren
Mis actos, ó jamás....

AYAX. Cálmate, primo;
Y de amenazas déjate tú, Aquiles,
En tanto que el propósito ó la suerte
No os ponga cara á cara. Si de Héctor
Apetito tuvieses, una hartura
De él puedes conseguir todos los días;
Pero me temo que ni Grecia entera
Te podrá persuadir á que lo busques.

Héct. Ruégote que en el campo nos veamos;
Tan sólo ha habido miserables luchas
Desde que de los Griegos te apartaste.

AQUIL. ¿Me lo suplicas, Héctor? Pues mañana
Te encontraré feroz como la muerte;
Pero esta noche amigos.

Héct. Esa mano.

AGAM. A mi tienda venid, pares de Grecia,
Donde os festejaré como es debido;
Y después, según Héctor tenga tiempo
Y vuestra esplendidez os lo aconseje,
Festejadle vosotros. Atabales,
Clarines, resonando de seguida,
Al gran guerrero dad la bienvenida.
(Vause todos menos Troilo y Ulises.)

TROILO. En dónde pára Calcas te suplico
Que me digas, Ulises.

ULISES. En la tienda

De Menelao. Diómedes cenando
Está esta noche allí; pero ni mira
A la tierra ni al cielo, porque, absorto,
Sólo á la hermosa Crésida contempla.

TROILO. ¿Podré alcanzar que allí conmigo vayas
Cuando de Agamenón la tienda deje?

ULISES. Lo que gustes haré. Mas dime, en cambio:
¿De qué reputación gozal a en Troya
Esta Crésida? ¿Tiene algún amante
Que lamente su ausencia?

TROILO. Los que orgullosos muestran sus heridas
El desprecio merecen. ¿Caminamos?—
Amó y la amaron. Amanla y aun ama;
Mas suele en el cariño más vehemente
La adversidad voraz clavar el diente.

AQ

PA

AQ

TEI

mirad

AQ

TEI

PA

TEI

ciente.

ACTO QUINTO.

ESCENA PRIMERA.

El campamento griego.—Ante la tienda de Aquiles.

Entran AQUILES y PATROCLO.

AQUIL. Voy con vino de Grecia en esta noche
A enardecer la sangre que mañana
Mi cimitarra ha de enfriar. Patroclo,
Hasta la saciedad á festejarlo.

PATR. Aquí Tersites viene.

Entra TERSITES.

AQUIL. Vamos, dime,
Cáncer de la calumnia, vil mendrugo
De la Naturaleza, ¿qué hay de nuevo?

TERS.—Vaya, imagen de lo que pareces; ídolo de admiradores de idólatras. Esta carta es para ti.

AQUIL.—¿De quién, migaja?

TERS.—Plato con colmo de necedad, de Troya.

PATR.—¿Quién está en la tienda?

TERS.—El estuche del cirujano ó la llaga del paciente.

PATR.— Bien dicho, calamidad. ¿A qué vienen esas bromas?

TERS.— Cállate, por favor, rapaz. No me aprovecha tu charla. Se dice que eres la doncella macho de Aquiles.

PATR.— ¡La doncella macho! Bribón, ¿qué dices?

TERS.— Su meretriz masculina. Ahora bien; todas las inficientes plagas del Sur, retortijones de tripas, quebraduras, catarros, mal de piedra y dolor de espalda, sincopes, parálisis, ojos legañosos, podredumbre de hígado, jadeo de pulmones, inflamación de la vejiga, ciática, lepra, incurable dolor de huesos, y sempiterna y corrugada sarna cargue y cargue para siempre con tan abominables invenciones.

PATR.— Condenado estuche de envidia, ¿por qué maldices de ese modo?

TERS.— ¡Te maldigo á ti!

PATR.— A mí no, barrica apolillada. Hi de tal, miserable gozquecillo; á mí no.

TERS.— ¡No! Pues entonces, ¿por qué te enfadas, leve y sutil madeja de seda floja, verde pantalla de tafetán para los ojos, borla de bolsillo de pródigo, por qué? ¡Ah! ¡Cuán apestado se halla este pobre mundo de semejantes mosquitos, de tan exiguos seres naturales!

PATR.— ¡Largo, alma de hiel!

TERS.— Huevo de pinzón.

AQUIL. Mi buen Patroclo, abandonar es fuerza

Mi gran proyecto de luchar mañana.

Tengo una carta de Hécuba, y aviso

De la hija suya, mi adorada bella,

Pidiéndome cumplir mi juramento.

No he de faltar á él. Que el Griego caiga,

Mi fama muera, mi honra dure ó cese,

T
dos
chos
Aga
jarr
y a
Júp
core
eade
darl
satu
porç
buey
gart
impe
dest
Ters
nela

Entr

A
A

H

Mi juramento primordial es ése.
 Tersites, ven. Hay que adornar mi tienda,
 Y esta noche al festín sólo se atienda.
 Vámonos, pues, Patroclo.

(Vanse Aquiles y Patroclo.)

Ters.—Por mucha sangre y pocos sesos podían estos dos volverse locos; pero si fuera por poca sangre y muchos sesos, me hacia médico de locos. Aquí tenemos á Agamenón, hombre bastante honrado y amante de pajaracas; pero tiene menos sesos que cerilla en los oídos, y ahí viene su hermano, esa bella transformación de Júpiter, el toro. Estructura primitiva y típico modelo del mundo. Aprovechado calzador de cuerno sujeto con cadena á la pierna de su hermano. ¿Qué forma pudiera darle el ingenio saturado de acrimonia, y la acrimonia saturada de ingenio sino la suya? ¿La de jumento? No, porque es burro y buey. ¿La de buey? No, porque es buey y burro. Ser perro, mulo, gato, marta, sapo, lagarto, lechuza, milano ó arenque sin hueva, poco me importaría. ¡Pero ser Menelao! ¡Me rebelaría contra el destino! No me pregunten qué querria ser si no fuera Tersites, porque antes seria piojo de lazario que Menelao. ¡Hola, hola! Espiritus y luces.

Entran HÉCTOR, TROILO, AYAX, AGAMENÓN, ULISES, NÉSTOR, MENELAO y DIÓMEDES con antorchas.

AGAM. Vamos mal, vamos mal.

AYAX. Es allá abajo.

Donde esas luces brillan.

HÉCT. Os molesto.

AYAX. No tal.

ULISES. Para guarnos aquí viene.

Vuelve á entrar AQUILES.

AQUIL. Héctor valiente, bien venido seas.

Príncipes, bien venidos.

AGAM. Pues ahora

Muy buenas noches, príncipes troyanos;
Ayax la gente que os custodia manda.

HÉCT. Doy gracias á los griegos generales.

MEN. Buenas noches, señor.

HÉCT. Buenas noches, amable Menelao.

TER. ¡Privada amable! ¡Amable! ¡Amable escoria!
¡Letrina amable!

AQUIL. Tengan buenas noches,
Tanto los que se van, cual los que quedan.

AGAM. Con el anciano Néstor tú pudieras
Quedarte aquí, Diómedes, y hacerle
A Héctor una ó dos horas compañía.

DIÓM. Señor, no puedo. Asunto de importancia
Reclama mi presencia. Buenas noches,
Héctor insigne, ten.

HÉCT. Venga esa mano.

ULISES. (Aparte á Troilo.)

Guíate por su antorcha. Va á la tienda
De Calcas. Voy contigo.

TROILO. (Aparte á Ulises.) Me honras mucho,
Caro señor.

HÉCT. Señores, buenas noches.

(Vase Diómedes. Ulises y Troilo le siguen.)

AQUIL. Entremos en mi tienda. Vamos. vamos.

(Vanse Aquiles, Héctor, Ayax y Néstor.)

TER. — Este Diómedes es un canalla, falso de corazón. Es un perfidísimo tuno. Tanto me fiara de él cuando sonríe como de una serpiente cuando silba. Con palavería prometerá como con latidos el perro ladrador; pero si cumple, predecirlo pueden astrónomos, será un prodigo. El sol tomará luz de la luna cuando Diómedes cumpla su palabra. Prefiero perder de vista á Héctor á no acecharlo á él. Se dice que mantiene á una meretriz troyana. Lo veré. Lujuria por todas partes. Todos bripones incontinentes.

(Vase.)

ESCENA II.

El campamento griego.—Ante la tienda de Calcas.

Entra DIÓMEDES.

DIÓM.—¡Hola! ¿Estáis levantados? Responded.

CALC.—(Dentro.) ¿Quién llama?

DIÓM.—Diómedes. Me parece que eres Calcas. ¿Dónde está tu hija?

CALC.—(Dentro.) Sal irá á verte.

Entran y quedan á distancia TROILO y ULISES,
y entra después TERSITES.

ULISES. Ponte donde la luz no nos descubra.

Entra CRÉSIDA.

TROILO. Crésida á él llega.

DIÓM. Protegida mía.

¿Cómo te va?

CRÉS. ¡Y á ti, dulce custodio!
Escucha una palabra. (Habla en secreto.)

TROILO. ¡Tan amigos!

ULISES. Suele cantar al que primero llega.

TERS. Y conociendo bien cuál es su clave,
Pueden cantarle todos. Tiene fama.

DIÓM. ¿Te acordarás?

CRÉS. ¡Pues no!

DIÓM. Tenlo presente,
Y á tus palabras quede el alma unida.

TROILO. ¿De qué se tiene que acordar?

CRÉS. Escucha.

A mayores dislates, Griego mío
Más dulce que la miel, no más me tientes.

TERS. ¡Infamia!

DIÓM. Entonces....

CRÉS. Deberé decirte....

DIÓM. ¡Bah! Tonterías me dirás. ¡Perjura!

CRÉS. No puedo, á fe. ¿Qué quieres tú que haga?

TERS. Trampas para que luzcan tus secretos.

DIÓM. ¿Qué me juraste, di, que me darías?

CRÉS. Por favor, no me obligues á que cumpla
El juramento aquel. Puedes pedirme
Otra cosa cualquiera, griego mío.

DIÓM. Buenas noches.

TROILO. ¡Contente, pena mía!

ULISES. ¡Eh, Troyano!

CRÉS. ¡Díomedes!

DIÓM. No, calla.

ADIÓS. No quiero ser juguete tuyo.

TROILO. Quien vale más que tú tiene que serlo.

CRÉS. Una palabra te diré al oido.

TROILO. ¡Óh maldición y horrores!

ULISES. Inmutado

Te hallas, príncipe. Vámonos te ruego,
Que en lenguaje iracundo transformarse
Tu pena puede. El sitio es peligroso
Y la ocasión fatal. Te lo suplico.

TROILO. ¡Míralos, por favor!

ULISES. No, no, partamos.

Corres á tu rüina. Vamos, anda.

TROILO. Quédate, por favor.

ULISES. No estás sereno.

Vámonos.

TROILO. Te suplico que te quedes.

Por el infierno y sus horrores juro
Que no pronunciaré ni una palabra.

DIÓM. Conque así, buenas noches.

CRÉS. Enojado

Te vas se me figura.

TROILO. ¿Te da pena?

¡Oh marchitada fe!

ULISES. Príncipe, calma.

TROILO. ¡Sí, voto á Jove!

CRÉS. ¡Protector! ¡Eh! ¡Griego!

DIÓM. ¡Bah! Te burlas. Adiós.

CRÉS. No por mi vida.

Vuelve otra vez aquí.

ULISES. Príncipe, tiemblas.

Algo te pasa. Vámonos, no estalles.

TROILO. El rostro le acaricia.

ULISES. Vamos, vamos.

TROILO. ¡No, vive Jove! No diré palabra.

Entre mi voluntad y tanta injuria
Está de centinela mi paciencia.

TERS.—Ahora el demonio de la lujuria de robustas nalgas y bulbosos dedos les hace cosquillas. Asate, lascivia, ásate.

DIÓM. ¿Pero lo harás?

CRÉS. Te lo aseguro. ¡Vaya!
Ó nunca más de mí te fíes.

DIÓM. Quiero
Algún gaje tener cual garantía.

CRÉS. Te lo voy á traer. (Vase.)

ULISES. Calma juraste.

TROILO. Nada temas. Reniego de mí propio,
Carísimo señor. Lo que ahora siento
No influirá en mí. Seré la calma misma.

Vuelve á entrar CRÉSIDA.

TERS. Ahora dale esa prenda. Vamos, vamos.

CRÉS. Diómedes, ten tú. Toma esta manga.

TROILO. ¿En dónde oculta está tu fe, belleza?

ULISES. ¡Señor!

TROILO. Calma tendré.—Por fuera al menos.

CRÉS. Mira esta manga. Mirala. Me amaba.

¡Falsa mujer! Devuélvemela.

DIÓM. Dime,
¿De quién era?

CRÉS. ¿Que importa? Aquí la tengo.
No vuelvas, no, mañana por la noche.
Diómedes no vengas más á verme.

TERS. Ahora lo afilas. Bien, aguzadora.

DIÓM. Dámela.

CRÉS. ¡Cómo! ¡Esto?

DIÓM. Si tal. Eso.

CRÉS. ¡Justos Dioses! ¡Oh linda, linda prenda!

En su lecho tu dueño está pensando
 En ti y en mí. Suspira, y á mi guante
 Recordatorios ósculos prodiga,
 Cual los que yo te doy. No me la quites.
 Quien me la quita el corazón me arranca.

DIÓM. Me diste el corazón; que esto le siga.

TROILO. Calma juré tener.

CRÉS. No te la entrego,

Diómedes; otra prenda quicre darte.

DIÓM. Es ésta la que quiero. ¿De quién era?

CRÉS. Importa poco.

DIÓM. ¿De quién era? Vamos.

CRÉS. De uno que más amor que tú me tiene....
 Pero tómala, ya que la cogiste.

DIÓM. Di de quién era.

CRÉS. Por la corte toda
 De Diana, y por ella, yo te juro
 Que no te lo diré.

DIÓM. Sobre mi casco
 Mañana se verá, dando tortura
 A quien no se atreviere á reclamarla.

TROILO. Yo la reclamaré, fueras el mismo
 Lucifer y en tus astas la ostentases.

CRÉS. ¡Cómo ha de ser! Pasó. Mas no ha pasado.
 No quiero mi palabra mantenerte.

DIÓM. Pues adiós. De Diómedes burlarte
 No podrás otra vez.

CRÉS. No. No has de irte.
 No puede una decir una palabra
 Sin que al punto te enfades.

DIÓM. No me gustan
 Tales bromas á mí.

TERS. Ni á mí tampoco,

Aun cuando me complazcan tus disgustos.
 Dióm. ¿Conque vengo? ¡á qué hora?
 Crés. Ven. ¡Oh Jovel
 Lo he de pagar.
 Dióm. Adiós. Hasta mañana.
 Crés. Buenas noches. Te ruego que no faltes.
 (Vase Diómedes.)

Troilo, adiós. Sólo un ojo ya te mira,
 Que con el corazón el otro gira.
 ¡Sexo infeliz, cuyo defecto grande
 Es que el engaño de los ojos manda
 En la razón, que humilde lo obedece,
 Pues con él el error se nutre y crece!
 Por eso el alma que en los ojos fía
 En la senda del vicio se extravía.
 Ters. Con claridad lo expone y lo ha resuelto,
 Cual si dijera: «meretriz me he vuelto».

Ulises. Terminó.

Troilo. Ciertamente.

Ulises. ¿Qué esperamos?

Troilo. A que haga memoria el alma mía
 De toda cuanta silaba se han dicho.
 Mas al decir cómo estos dos obraron,
 ¿No miento yo si la verdad promulgo?
 Tengo en mi corazón fe tan inmensa,
 Esperanza tan firme y obstinada,
 Que el atestado atajan de mis ojos
 Y mis oídos, cual si entrabmos fuesen
 Órganos de funciones deceptorias
 Que para calumniar fueran creados.
 ¿Crésida estuvo aquí?

Ulises. Yo no conjuro.

TROILO. Seguramente, no.

ULISES. Sí, ciertamente.

TROILO. Mi afirmación no es muestra de locura.

ULISES. Ni la mía, señor. En este sitio

Há poco rato Crésida se hallaba.

TROILO. Por el honor del sexo no lo creas,

Y ten presente que tuvimos madres.

No ofrezcas á esos críticos crueles

Que tan pronto están, sin justa causa,

A la difamación, nuevo motivo

Para que midan con igual rasero

Que el de Crésida á todas. Antes juzga

Que aquí no estuvo Crésida.

ULISES. ¿Qué pudo, Príncipe, hacer que ofenda á nuestras madres?

TROILO. Nada, á no ser que aquí venido hubiera.

TERE. ¿Será que no da crédito á sus ojos?

TROILO. ¡Ella? No. Fué otra Cresida. La dama

De Diómedes fué. Si la hermosura

De alma dotada está, no ha sido ella.

Si de los votos es el alma guía,

Si santos son los votos, si deleite

De Dioses es la santidad, si existe

En la propia unidad orden alguno,

Ella no era.—¡Oh juicio delirante,

Que al mismo tiempo apoyas y refutas!

¡Oh ambiguo testimonio, á cuyo influjo

A la razón, sin desconcierto, induces

A rebelarse, al par que al desconcierto

Sin rebelarse en la razón lo apoyas!

¡Que es Crésida y no es Crésida! Se enciende

En mi alma esta lucha extraordinaria;

Que lo que es en esencia indisoluble

Apartados están cual tierra y cielo,
 Y en la espaciosa brecha, sin embargo,
 Ni punto se verá por donde logre
 La fina hebra penetrar de Aracne.
 Verdad, verdad tan firme cual las puertas
 Sólidas de Plutón, Crésida es mia:
 Ligada á mí por celestiales lazos.
 Verdad, verdad tan fija cual la esfera
 Estrellada, esos lazos celestiales
 Desatados están, disueltos, rotos;
 Y ya con otro nudo asegurados
 Miro los restos de su fe, las sobras
 De su amor, desperdicios y migajas,
 Fragmentos y reliquias corrompidas
 De devorada fe, que remanecen
 Ahora para Diómedes.

ULISES.

¿Posible,

Digno Troilo, será que de la angustia
 Que indicas la mitad siquiera sientas?

TROILO. Sí, Griego sí. Con caracteres rojos,
 Como de Marte el corazón que Venus
 Infiamó, quedará conmemorada.

Con alma más inmóvil y constante
 No amó joven jamás. Escucha, Griego,
 Cuanto mi amor á Crésida pesare,
 Mi odio á su Diómedes iguala.

Mía es la manga que ostentar pretende
 Sobre su yelmo. Fuera por el arte
 De Vulcano ese casco construido,
 Lo morderá mi espada. Ni la fiera
 Tromba que el sol con su poder induce,
 Y torbellino llama el navegante,
 Aturdirá, estruendosa, los oídos

D
L
be
ui
L

De Neptuno al caer, como mi espada
Lo hará sobre Diómedes cayendo.

TÉRS. Va á tener que rascar por licencioso.

TROILO. Crésida falsa, falsa, falsa, falsa,
Al lado de tu nombre envilecido
Toda infidelidad gloria merece.

ULISES. Contente. Tus clamores alguien oye.

Entra ENEAS.

ENEAS. Una hora, señor, há que te busco.

Héctor ya en Troya debe estar, y armado;
Y para conducirte Ajax te aguarda.

TROILO. Soy, Príncipe, contigo. Bondadoso
Señor, adiós. Adiós, infiel hermosa.
Y, Diómedes, tú ten fortaleza
Y coloca un castillo en tu cabeza.

ULISES. Acompañarte hasta las puertas quiero.

TROILO. Acepta tristes gracias.

(Vanse Troilo, Eneas y Ulises.)

TÉRS.—¡Ojalá que me encontrara con ese bribón de Diómedes! Le graznaría como cuervo. Lo maleficiaría
Lo maleficiara. Patroclo me daría cualquier cosa por saber quién es esa meretriz. No hay loro que haga más por una almendra que él por encontrar una tunanta barata. Lujuria, lujuria. Todo se vuelve guerras y injuria. Nada más. Está de moda. Con ellos cargue un diablo ardiendo.

(Vase.)

ESCENA III.

Troya.—Ante el palacio de Priamo.

Entran HÉCTOR y ANDRÓMACA.

ANDR. ¿Cuándo á mi dueño vi tan mal templado
Como para taparse los oídos
Sin oir mis consejos? Hoy no luches.
Desármate, desármate.

Héct. A offenderte
Obligándome estás. Véte allá dentro.
Iré. Lo juro á los eternos Dioses.

ANDR. Para hoy calamidades, no lo dudes,
Presagian los ensueños que he tenido.

Héct. No más.

Entra CASANDRA.

CASAN. ¿En dónde está mi hermano Héctor?

ANDR. Hermana, aquí, y armado, y afanoso
De sangre. Unida á mí con cariñosa
Súplica penetrante, de rodillas
Sus pasos seguiremos; que he soñado
La noche entera con sangrientas luchas,
E infinitos fantasmas y visiones
He visto de feroz carnicería.

CASAN. ¡Oh! ¡La verdad!

Héct. Que mi clarín resuene.

CASAN. No toques á llamada, dulce hermano.
¡Por el cielo! No salgas.

HÉCT. Véte, digo.

Los Dioses ya mi juramento oyeron.

CASAN. Los Dioses sordos son á temerarios
Y necios votos. Mórbidas ofrendas
Que abominan cual mancha que descubre
El hígado de res sacrificada.

ANDR. Convéncte. Obrar mal para ser bueno
No estimes santidad; que fuera entonces
Noble empresa robar violentamente
Por el ansia de dar á manos llenas
Y en caridades emplear el robo.

CASAN. Da fuerza la intención al juramento,
Mas todo voto fútil no nos liga.
Desármate, buen Héctor.

HÉCT. Ten la lengua.
Mi honra en borrascas de mi suerte rige.
La vida todos aman; mas la honra
Ama más el valiente que la vida.

Entra TROILO.

¿Qué es eso, joven? ¿Hoy luchar pretendes?
ANDR. A fin de disuadirlo, vé Casandra,
Y llama á nuestro padre.

(Vase Casandra.)

HÉCT. No, no, Troilo.
Desármate, rapaz; si yo me bato,
Es por punto de honor. Los fuertes nudos
Deja que de tus músculos se formen,
Antes que azares de la lucha intentes.

A desarmarte, pues, valiente mozo,
Y si la suerte mi valor apoya
Hoy lucharé por ti, por mí, por Troya.

TROILO. La caridad, hermano, en ti ya es vicio.
Que más cuadra al león que cuadra al hombre.

HÉCT. ¿Qué vicio es ese que me achacas, Troilo?

TROILO. Cuando á menudo al Griego ves caído,
Al aire sólo y silbo de tu espada,
Leyantarse le ordenas y que viva.

HÉCT. Lo noble es.

TROILO. Lo imbécil, ¡vive el cielo!

HÉCT. ¿Cómo? ¿cómo?

TROILO. ¡Perdónenme los Dioses!
Es preciso dejar con nuestras madres
De la misericordia al ermitaño:
Que caba'gue, al ceñirnos la armadura,
Venganza emponzoñada en nuestros hierros,
A la feroz tarea espoleados,
La lástima quedando refrenada.

HÉCT. ¡Salvajismo! ¡Qué horror!

TROILO. La guerra es eso.

HÉCT. Hoy no quisiera que lucharas, Troilo.

TROILO. ¿Quién puede reprimirme?

Ni el hado, ni el respeto, ni de Marte
La mano con su cetro incandescente
Mandándome cejar lo lograrian.
Ni Príamo, ni Hécuba de hinojos
Con párpados que el llanto enrojecieran,
Ni, hermano mío, tú, desenvainando,
Para oponerte á mí, tu noble espada,
Lograras atajarne en mi camino,
Sino con mi ruina.

Vuelve á entrar CASANDRA con PRÍAMO.

CASAN. ¡Oh Priamo, deténlo! Tenlo firme;
Es tu sostén; si ese sostén te falta,
En el que tú te apoyas cual se apoya
Troya en ti, todo junto se derrumba.

PRÍAM. Héctor, retorna, vamos. Ha tenido
Aciagos sueños tu mujer. Tu madre
Tristes presagios tiene. Desventuras
Ha previsto Casandra, y, cual profeta,
De repente inspirado, te predigo
Que es aciago este día. Por lo tanto,
Vuélvete atrás.

HÉCT. Al campo fuése Eneas,
Y he dado mi palabra á varios Griegos,
Bajo la fe de mi valor, de hallarme
Esta mañana allí.

PRÍAM. Pues no te marchas.

HÉCT. Faltar no puedo á la palabra mia.
Te consta mi obediencia; por lo mismo,
A ultrajar el respeto que te debo,
Querido padre, no me obligues. Antes
Permíteme que pise con tu venia,
Rey Priamo, la senda en que me atajas.

CASAN. ¡Ah! No te dejes convencer..

ANDR. No, padre.

HÉCT. Andrómaca, me ofendes. Véte adentro.
Te lo suplico de tu amor en nombre.

(Vase Andrómaca.)

TROILO. Esta nècia fanática criatura
Es la que tal perturbación nos causa.

CASAN. ¡Héctor amado, adiós! ¡Mira! Ya caes.
 ¡Mira cómo tus ojos palidecen!
 ¡Mira! Ya tus heridas sangre brotan.
 ¡Escucha á Troya cómo ruge, cómo
 Hécuba llora, y los agudos gritos
 De la infeliz Andrómaca en su duelo!
 Mira, el espanto, el frenesi, la angustia
 Te están embobecidos contemplando,
 Y «Héctor ha muerto», exclaman, «¡Héctor!

TROILO. ¡Vete, vete! [¡Héctor!]

CASAN. Adiós. Mas, Héctor, fuerza es que recuerdes
 Que á Troya pierdes, como á ti te pierdes.

HÉCT. Esas exclamaciones te conturban.
 Retorna á la ciudad para animarla:
 Los actos de valor que ejecutemos
 A la noche, al volver, te contaremos.

PRIAM. Adiós, y que los Dioses os protejan.
 (Vanse por distintos lados Priamo y Héctor.)

(Clarines.)

TROILO. Luchando están. Diómedes, mi brazo
 Pierdo, ó gano mi manga en breve plazo.

Al irse Troilo, entra de la parte opuesta PÁNDARO.

PÁND.—Escucha, señor, escucha.

TROILO.—¿Qué ocurre?

PÁND.—Traigo una carta de esa pobre muchacha.

(Le da una carta.)

TROILO.—Déjamela leer.

PÁND.—Esta maldita fiebre ética; esta infame fiebre
 ética, y la suerte de esa necia muchacha me perturban,

y con una cosa y con otra tendré que dejaros un día de estos; y además tengo un catarro en los ojos, y tan grande dolor en los huesos, que, á menos de estar condenado, no sé qué pensar acerca del asunto. ¡Qué dice en su carta?

TROILO. Palabras nada más. Sólo palabras.

Nada su corazón. Sus sentimientos

Han tomado otro curso. El aire al aire,

(Rompiendo la carta.)

Y allí podéis girar y entremezclaros.

Con frases y mentiras me alimenta,

Y á otros con actos á la par alienta.

(Vanse por distintos lados.)

ESCENA IV.

Llano entre Troya y el campamento griego.

(Clarines.)

Entra TERSITES.

TERS.—Unos y otros ahora andan á la greña. Iré á ver. Ese Diómedes, hipócrita, canalla y abominable, tiene la manga de ese joven troyano, necio, miserable y papanatas. Me agradaría presenciar su encuentro, y que ese borriquillo Troyano, amante de esa meretriz, envíe á esa perdida, hipócrita, luxuriosa, á ese indecente truhán con manga, desmangado en su viaje. Hablando de otra cosa, ¡y la política de esos astutos bribones que tanto prometen; de ese queso añejo carcomido de ratones,

Néstor, y de ese zorro Ulises! No valen, claro está, una higa. Consideran buena política azuzar á ese perro mestizo de Ajax contra ese otro perro de igual perversa raza, Aquiles; y el cuchillo Ajax tiene ahora aún más orgullo que el cuchillo Aquiles, y no quiere ponerse hoy la armadura. De esta manera se vuelve á la barbarie y el gobierno se desacredita. ¡Calle! Aquí viene la manga y el otro.

Entra DIÓMEDES seguido por TROILO.

TROILO. No huyas; ganes la laguna Estigia,
Y te he de perseguir allí nadando.

DIÓM. No es huir retirarse; yo no huyo;
La precaución, de numerosa turba
Me obligó á retirarme. Soy contigo.

TERS.—Defiende, Griego, á tu meretriz; busca á tu meretriz, Troyano. ¡Bien por la manga! ¡Bien por el desmangado!

(Vanse Troilo y Diómedes, luchando.)

Entra HÉCTOR.

HÉCT.—¿Quién eres, Griego? ¿Quieres oponerte á Héctor? ¿Eres de noble sangre?

TERS.—No, no; soy un pillo, un canalla, bribón y mal hablado; un inmundo truhán.

HÉCT.—Te creo. Vive.

(Vase.)

TERS.—¡Benditos sean los Dioses que te indujeron á creerme! ¡Pero mala peste te mate por haberme asustado! ¿Qué les habrá ocurrido á esos pillastres mujerie-

gos? Se me figura que se habrán tragado recíprocamente. Me reiría de semejante milagro; pero, hasta cierto punto, la luxuria se traga á sí propia. Los buscaré.

(Vase.)

ESCENA V.

Otra parte del mismo llano.

Entran DIÓMEDES y un SIRVIENTE.

Dióm. Con el corcel de Troilo, siervo mío,
Véte ya, y el magnífico caballo
Presentarás á Crésida, mi dama.
A esa beldad recuérdame, y le dices
Que he castigado á su troyano amante
Y que he mostrado ser su caballero.

(Vase el Sirviente.)

Entra AGAMENÓN.

Agam. ¡A reforzar! Feroz, Polidamante
A Menón ha vencido, y el bastardo
Margarelón á Dóreas preso tiene,
Y sobre los cadáveres que pisa
De Epistrofo y de Cedio, ufano blande
Su lanzón á manera de coloso.
Expiró Polixeno, y las heridas
De Anfimaco y Toanto son mortales;
Preso ó muerto Patroclo, y Palamedes
Contuso y seriamente lastimado.

El formidable Sagitario espanta
 A la tropa.—¡Diómedes, al punto
 A reforzar, ó todos perecemos!

Entra NÉSTOR.

NÉST. Lleva á Aquiles el cuerpo de Patroclo.
 Y, si tiene vergüenza, que se arme
 Dile al posma de Ajax. Que están luchando
 En el campo mil Héctores diría.
 Montado en su caballo Galatea,
 Aquí lucha, y trabajo ya le falta;
 Y allí después á pie. Lo que no huye
 Cuando él llega, perece cual cardumen
 Por ballena expelente perseguido.
 Más tarde allá, como la paja, el Griego,
 Maduro ya para la siega, cae
 Cual herido de golpe de guadaña.
 Aquí, allí y allá recibe y deja
 Su destreza á su afán obedeciendo,
 De modo tal, que cumple cuanto quiere;
 Y tanto llega á hacer, que á la evidencia
 De lo hecho imposible se le llama.

Entra ULISES.

ULISES. ¡Valor, valor, oh príncipes! Armado
 Está ya el gran Aquiles; llora, jura,
 Y venganza tomar ha prometido.
 Su amortiguada sangre las heridas
 Avivan de Patroclo, y lo exacerba
 Ver á sus mutilados Mirmidones,
 Sin manos unos, sin narices otros,

Heridos, magullados, contra Héctor
 Todos clamar. Ajax perdió un amigo,
 Y echando por la boca espumarajos
 Luchando está, y á gritos llama á Troilo,
 Quien hazañas fantásticas y locas
 Ha llevado á buen fin; comprometiendo
 Su persona á la par que la redime,
 Con tan audaz descuido, y con cuidado
 Tan poco audaz, que el triunfo, por lo visto,
 De la astucia á pesar, le da la suerte.

Entra AYAX.

AYAX. ¡Troilo, cobarde Troilo!

(Vase.)

Dióm. Allí se halla.

Nést. Está bien. Se reunen nuestras fuerzas.

Entra AQUILES.

AQUIL. El Héctor ése ¿dónde está? Tu rostro
 Ven, ven y muestra, matador de niños;
 Verás lo que es Aquiles enojado.
 ¿Dónde está Héctor? A Héctor sólo busco.

(Vanse.)

ESCENA VI.

Otra parte de la llanura.

Entra AYAX.

AYAX. ¡Cobarde Troilo, asoma tu cabeza!

Entra DIÓMEDES.

DIÓM. ¡Troilo! repito yo. ¿Dónde está Troilo?

AYAX. ¿Tú con él? ¿qué pretendes?

DIÓM. Castigarlo.

AYAX. Si fuera general, te cedería,
Primero que esa corrección, mi puesto.
A ti te llamo, Troilo. ¡Troilo, Troilo!

Entra TROILO.

TROILO. ¡Diomedes, traidor! Tu rostro infame
Vuelve, traidor, y paga con tu vida
Lo que en deber me estás por mi caballo.

DIÓM. ¡Ah! ¿Te hallas aquí?

AYAX. Déjame solo
Con él luchar. Diomedes, aparta.

DIÓM. Mi presa es. Testigo ser no quiero.

TROILO. ¡Griegos falaces, os espero á entrablos!

(Vanse luchando.)

Entra HÉCTOR.

HÉCT. ¡Ah, Troilo, luchas bien, hermano mío!

Entra AQUILES.

AQUIL. Te he encontrado por fin. ¡Héctor, en guardia!

HÉCT. Toma aliento, siquieres.

AQUIL. ¡Troyano altivo, tu cortés oferta
Desdeño yo! Da gracias á lo poco
Que ahora las armas uso. Te protegen

Mi incuria y mi inacción por el momento;
 Pero sabrás de mí más adelante:
 Hasta entonces no más busca fortuna.

(Vase.)

Héct. Adiós. Más descansado me encontrara
 Si á ti oponerme imaginado hubiera.

Vuelve á entrar TROILO.

TROILO. Querido hermano mío, prisionero
 A Eneas cogió Ayax. ¿Lo consentimos?
 ¡No, por la luz del sol que allí reluce!
 ¡No irá con él! ¡Ó correré su suerte,
 Ó lo rescataré! ¡Fortuna, escucha!
 ¡No me importa morir en esa lucha!

(Vase.)

Entra uno con rica armadura.

Héct. Detente, Griego, que eres noble blanco.
 ¡Qué! ¡No quieras? Me gusta tu coraza;
 La ajaré y romperé sus robladuras,
 Mas seré de ella dueño. ¡Qué! ¡No quieras?
 ¡Alimaña, detente, ó sigue huyendo!
 Para adquirir tu piel la caza emprendo.

(Vase.)

ESCENA VII.

Otra parte del llano.

Entran AQUILES y MIRMIDONES.

AQUIL. Mirmidores, venid en torno mío,
 Y atentos escuchad. Seguid mis pasos,
 Ni un golpe deis y frescos manteneos,
 Y al hallar á ese Héctor furibundo,
 Su cuerpo acribillad con vuestras armas,
 Cumpliendo sin piedad con vuestra empresa!
 ¡Seguidme, pues, y ved lo que yo hiciere;
 Que hoy el gran Héctor sin remedio muere.

(Vanse.)

Entran MENELAO y PARIS luchando; luego TERSITES.

TERS.—El cornudo y el cornifactor se embisten.
 Anda, toro. Anda, perro. Dale, Paris. Dale, gorrión de
 hembra de dos machos. Dale, Paris, dale. El toro gana
 la partida. ¡Eh! guárdate de sus cuernos.

(Vanse Paris y Menelao.)

Entra MARGARELÓN.

MARG.—Retorna, esclavo, y lucha.

TERS.—¿Quién eres?

MARG.—Hijo bastardo de Priamo.

TERS.—Bastardo soy yo también. Simpatizo con los

bastardos. Engendráronme bastardo, como bastardo me criaron. Bastardo soy de alma, y de valor bastardo. Y todo en mí es ilegítimo. Ten en cuenta que esta disputa es de mal agüero para nosotros, y que es tentar á la justicia eterna el que un bastardo luche por una meretriz. Adiós, bastardo. (Vase.)

MARG.—Cargue contigo el diablo, cobarde. (Vase.)

ESCENA VIII.

Otra parte del llano.

Entra HÉCTOR.

Héct. ¡Interior corrompido y bello aspecto!
La vida te ha costado tu armadura.
Por hoy ya mi tarea ha terminado,
Resuello tomaré. Reposa, espada,
De sangre y de matanza saturada.

(Se quita el casco y cuelga el escudo.)

Entran AQUILES y MIRMIDONES.

AQUIL. Héctor, contempla cómo el sol se pone.
Cómo la fiera noche jadeante
Pisando va sus huellas. Cuál se encubre
Y se obscurece el sol en su caída
De Héctor hoy debe terminar la vida.

Héct. No te prevalgas de mi inerme estado;
Deja, Griego, que armado te conteste.

AQUIL. ¡A él, á él! El que buscaba es éste.

(Héctor cae.)

Caerá Ilión tras él. ¡Húndete, Troya!
 ¡Mira á tu corazón fibras y huesos!
 ¡Sus! Mirmidores y dejad sentado
 Que Aquiles al gran Héctor ha matado.

(Clarines.)

Oid. A retirada el bando griego
 Tocando está.

MIRM. Lo propio los clarines
 Del Troyano, señor.

AQUIL. Ya con sus alas
 El nocturno dragón la tierra encubre,
 Y, juez del campo, aparta á entrabbas huestes.
 Mi hambriona espada que cenado hubiera,
 Pues con bocado tan sin par la acallo,
 A su lecho se va de esta manera.

(Envaina la espada.)

A la cola amarrad de mi caballo
 Ese cadáver, que al Troyano quiero
 Llevar á rastra por el campo entero. (Vanse.)

ESCENA XI.

Otra parte del llano.

Entran AGAMENÓN, AYAX, MENELAO, NÉSTOR,
 DIÓMEDES y otros marchando. Gritería dentro.

AYAX. Escuchad, escuchad. ¿Qué grito es ése?

NÉST. Calle el tambor.

(Voces dentro.) ¡Aquiles! ¡Viva Aquiles!

¡Héctor ha muerto! ¡Aquiles!

- DIÓM. Esos gritos
De Héctor la muerte anuncian por Aquiles.
- AYAX. Si fuere así, jactarse indigno fuera,
Que el gran Héctor cual él tan hombre era.
- AGAM. Ordénados marchad, y alguno ruegue
A Aquiles que á mi tienda á verme llegue.
Si ha muerto, porque el cielo nos escucha,
Troya es ya nuestra y terminó la lucha.

(Vanse marchando.)

ESCEÑA X.

Otra parte del llano.

Entran ENEAS y Troyanos.

- ENEAS. ¡Firmes! Dueños aún del campo somos.
No os retiréis á la ciudad. Veamos
El final de la noche en este sitio.

Entra TROILO.

TROILO. ¡Héctor murió!

- TODOS. ¡Dioses potentes! ¡Héctor!
TROILO. Ha muerto, y á la cola del caballo
De su asesino por el llano infame
Como animal lo lleva á rastra. ¡Cielos!
¡Torvos cumplid vuestra venganza al punto!
¡En vuestros tronos asentados, Dioses,
Herid á Troya entera! Yo suplico

Que, misericordiosos, vuestras plagas
De pronto aglomeréis, y la prescrita
Destrucción no dejéis que se prolongue.

ENEAS. Señor, á nuestras huestes desalientas.

TROYO. No entiendes lo que digo si eso dices.
No hablo de fuga, de temor, de muerte;
Todos los riesgos, al contrario, afronto
Con que nos cercan Dioses y mortales.
¡Héctor no existe! ¿A Priamo la nueva
Quién dará? ¿Quién á Hécuba lo dice?
¿Quién de buho fatídico se ofrece?
Id á Troya y decid: «Héctor ha muerto.»
Y á Priamo veréis petrificado,
Convertidas en fuentes las doncellas,
En Niobes las esposas, y en estatuas
Los jóvenes, y, en fin, demente á Troya.
Mas marchando seguid. Héctor ha muerto.
Ni una palabra más á hablar acierto.
Pero esperad. Abominables tiendas,
Que con orgullo tanto levantadas
En las llanuras de la Frigia fuisteis,
Por más, Titán diurno, que madrugues,
Yo os atravesaré de parte á parte.
Y tú, cobarde gigantón, espacio
Ninguno d' la tierra nuestro mutuo
Odio podrá ocultar, y he de seguirte
Como sigue al culpable la conciencia,
Generando fantasmas tan aprisa
Como genera imágenes el loco.
En marcha á Troya, pues, con la esperanza
De que podremos conseguir venganza.

(Vanse Eneas y Troyanos.)

Al salir Troilo, entra del lado opuesto PÁNDARO.

PÁND. Pero oye, oye.

TROILO. Véte, tercero vil. Tu nombre infame

Eternamente el deshonor proclame. (Vase.)

PÁND.—¡Buena medicina para mis dolientes huesos! ¡Oh mundo, mundo, mundo! Así se desprecia á los míseros agentes. ¡Ah, traidores y terceros, con cuánto afán se os anima para trabajar y cuán mal se os paga! ¡Por qué razón se aprecian tanto nuestros esfuerzos y se desprecia tanto nuestra conducta? ¡Qué versos habrá que expresen esto? ¡Qué ejemplo? Vamos á ver.

Susurra alegre la gentil abeja

Mientras tiene su miel y su aguijón;

Mas si, indolente, desarmar se deja,

Juntas pierde su miel y su canción.

Traficantes en carne, escribid esto en la pared:

Si aquí tuviere afines, yo os invoco,

De Pándaro llorad por la caida;

Mas ya que no lloreis, gritad un poco,

Si no por mí, por vuestra piel herida.

Ellos y ellas que las puertas guardan,

Sabed que pienso hacer mi testamento

Dentro de un par de meses. Me acobardan

Hoy recelos; si no, fuera al momento.

Quizá un ganso de Winchester me pite.

Esperaré, por tanto, y en desquite

Os legaré, cuando otra vez os viere,

Todas cuantas dolencias padeciere.

FIN DE TROILO Y CRÉSIDA.